

ATTENEA

1926

5-7

PH

Año III

Núm. 5

008(83)(00)

Ateneea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: Ricardo Donoso: *Un espíritu colonial: don Pedro N. Cruz* □ González Vera: *Alhué* □ Pablo Neruda: *Dolencia* □ Antonio Bórquez Solar: *Bizarrías de antaño* □ Carlos Acuña: *Motivos de la espiga* □ Mariano Picón Salas: *Hagiografía* □ Manuel Rojas: *tonada del transeunte. zona de sombra. zona de luz. plano* □ Hombres, ideas y libros: Raúl Silva Castro: *Hacia una Universidad nueva* □ Marcelle Auclair: *Alain, su arte de vivir, su pensamiento político* □ Guillermo Muñoz Medina: *Araquistain en el teatro* □ ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS: *Presentación elevada por el Directorio de la Universidad de Concepción a S. E., el Presidente de la República* □ Llegada del Prof. Dr. méd. Alexander Lipschütz □ NOTICIARIO □ EX - LIBRIS □ Glosario de Revistas: **S.:** *Recuerdos de Rubén Darío. Waldo Frank. Alrededor de Dosloyevski.*

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 3.00 ~ Julio 31 de 1926

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO III

JULIO 31 DE 1926

NÚM. 5

Ricardo Donoso

Un espíritu colonial: don Pedro N. Cruz

GON el título de «Estudios sobre literatura chilena», don Pedro N. Cruz ha reunido en un volumen algunos de sus artículos, que había publicado, en diarios y revistas, veinte, treinta y treinta y cinco años ha. Al prohijar en un volumen sus ya añejas opiniones literarias, el señor Cruz nos ofrece el caso singular de persistir en ellas, a pesar del transcurso de los años y la indudable evolución de sus gustos, con indestructible contumacia. El volumen ha tenido para la generación actual todo el valor de lo inédito, ya que los estudios en él contenidos se hallan publicados en diarios y revistas de hace un cuarto de siglo, que yacen olvidados en los anaqueles de las bibliotecas, sirviendo sólo a la curiosidad de investigadores y eruditos.

Comienza el autor por sentar en el prólogo una declaración que es la mejor anticipación de que no encontraremos en sus páginas elevación de ideas, serenidad de espíritu ni ánimo des-

preocupado. «Los artículos publicados por primera vez en estos volúmenes, dice, tienen doble objeto: estudiar a nuestros principales escritores en su aspecto literario y rebatirlos cuando atacan a la Iglesia Católica.» Ya tenemos, pues, hecha su profesión de fe, y consignado por propia declaración de su autor lo que hallaremos en las páginas de su libro: el fanatismo más encendido, las preocupaciones religiosas aferradas a su espíritu con tenacidad de clavos, incomprensión, ciega intolerancia, violencia y hostilidad para los hombres y las ideas que no son gratos a su criterio.

Su artículo sobre Lastarria lo inicia Cruz con estas palabras: «Hay entre nosotros algunas preocupaciones que dificultan la tarea de juzgar con independencia a nuestros principales escritores. Todos ellos han desempeñado los más elevados puestos en la enseñanza, en el Congreso, en la administración pública, en el directorio de los partidos políticos, y han subido a estos cargos a título de hombres de letras y no de individuos llamados por su práctica y estudios especiales.» Entre esas preocupaciones que dificultan la tarea de juzgar con independencia a nuestros escritores, las de mayor consideración y más difíciles de remover, son las de índole religiosa, como el caso mismo del obstinado crítico nos está demostrando; y el hecho de que ellos hayan ocupado altos cargos en la enseñanza, en la administración pública y en el Congreso, a título de escritores y de hombres de cultura superior al término medio de sus contemporáneos, dice bien a las claras que para apreciar en toda su integridad la labor de aquellos preclaros varones, no basta analizarla en uno solo de sus aspectos, y si la posteridad se muestra agradecida a sus esfuerzos y venera su memoria, es porque contribuyeron eficazmente a una obra de organización política y social, de administración pública y progreso cultural, de libertad espiritual y respeto de la personalidad humana.

Cierta crítica complaciente no ha regateado sus elogios al mezquino engendro de Cruz, y hasta ha hecho sonar la palabra de maestro. ¿Maestro de qué? ¿De la incomprensión, de la intolerancia y del podrido fanatismo colonial?

Sigamos, al ofuscado y apasionado crítico, a lo largo de sus opiniones sobre nuestros principales escritores y prohombres de la pasada centuria.

BILBAO

El artículo que el crítico pelucón consagra a Francisco Bilbao es el mejor exponente de la feroz intransigencia de sus preocupaciones religiosas, de su mezquindad de espíritu, de su insidiosa virulencia. Cruz no concibe ni acepta la admiración desinteresada y sincera, la espontaneidad, el entusiasmo, la comunidad de ideas: todo lo mira a través de un prisma de pequeñez, de egoísmo, de sentimientos inconfesables y ruines. Para él Bilbao es un iluso, un desequilibrado, un insano, aquejado de perturbación mental, que vive en medio de las alucinaciones de una semilocura. Leamos este párrafo de Cruz, revelador de toda la plebeyez de su alma y de las prevenciones de su pluma: «Uno de los que asistían con más constancia a las sesiones de la Sociedad, dice, era un hombre del pueblo, bastante andrajoso. No salía de allí. Bilbao se le acercó una vez y le dijo:

—Ciudadano, es necesario no olvidar que necesitáis del trabajo para vivir.

—Yo no, ciudadano, contestó, porque vivo de entusiasmo.»

¿Qué conclusión saca el escritor de esta admirable y preciosa respuesta, reveladora de la influencia de su verba ardorosa y del ascendiente que ejercía en el espíritu de las masas? Oigámosle: «Tal vez el roto estaría medio achispado, y quizás sería ese su estado normal e iría a dormir a la Sociedad arrullado por la voz del orador. Pero, en fin, si le hubiesen preguntado: ¿entusiasmo de qué o para qué?, nunca habría podido decirlo claro. Casi todos irían a las sesiones a oír hablar como iban también a la retreta a oír tocar.» Esta glosa vulgar, tan *terre à terre*, no puede ser más desgraciada y pobre. Un verdadero escritor, una pluma más zahorí, habría obtenido de aquella respuesta una explicación mucho más humana y satisfactoria. Un

crítico tendencioso y prevenido como Cruz, no halló un comentario más adecuado que el burdo y ramplón anteriormente transcrito.

Pero para Cruz no fué el autor de «La sociabilidad chilena» un desequilibrado en todos los instantes de su azarosa existencia: cuando publicó en Lima unos «Estudios sobre la vida de Santa Rosa de Lima», estuvo en un momento lúcido, el único de su fecunda carrera! Sintetizando su opinión sobre Bilbao, Cruz escribe: «Y digámoslo también, los que aquí, en tiempos de agitación religiosa, intentan hacer revivir la memoria de Bilbao, ¿qué otra cosa procuran sino glorificar los escándalos que dió inconscientemente, a ver si otros se animan con el ejemplo y poder lanzarlos contra lo que convenga destruir, en cualquier orden de cosas? Grande abuso de la credulidad del vulgo es presentar a Bilbao como filósofo, regenerador, benefactor público, escritor notable. Ni dejó sistema alguno, ni fundación benéfica, ni regeneró nada, ni inventó nada sino obscuridades ininteligibles, ni supo discurrir, ni escribió cosa que valga la pena de leerse.» Esto está muy bien, particularmente en una persona tan respetuosa de los dogmas de la iglesia católica como el señor Cruz, pero, ¿nada más? ¿Qué es lo que admira la posteridad en Bilbao? Su entusiasmo, su valor moral, su obra de agitador de las masas y de los espíritus, su labor renovadora de las ideas y de las costumbres políticas, en medio de una sociedad dominada por el fanatismo, que sólo se preocupaba de invocar a Dios y rezar el rosario. Pero, consolémonos, la prédica de estos espíritus trogloditas cae en el vacío: la Cámara de Diputados acaba de autorizar recientemente la erección de un monumento al autor de los «Boletines del Espíritu».

LASTARRIA Y SUS ADMIRADORES

En el estudio sobre Lastarria y en el que le sigue sobre Lastarria y sus admiradores, hallamos la misma pequeñez de espíritu, la misma obstinada intransigencia, el mismo odio que orientan las páginas de la biografía de Bilbao. El liberalismo

del autor de los «Recuerdos literarios» y sus juicios sobre el partido conservador, son su obsesión, y contra ellos arremete, si no con afinados argumentos, con agresividad inspirada por el más rudo fanatismo, abultando los defectos y reduciendo los atributos, ampliando las sombras y trazando una semblanza antipática del hombre y del escritor. Es cierto que no le regatea algunos elogios: reconoce que de nuestros escritores es el que tenía mejor frase, pero que en lo que ha escrito anda muy señalado el ceño adusto del raciocinio y faltan casi por completo la sonrisa y el gesto expresivo de la imaginación. Esto, que en Lastarria es un defecto y cualidad característica en Vicuña Mackenna, da ocasión al crítico para formular un reparo. Agrega que Lastarria sabía exponer sus doctrinas con claridad, que tenía ideas filosóficas, pero carecía de originalidad. «Se conoce, se siente, escribe, diré más bien, que era hombre de verdadero talento, de un talento claro, vasto, generalizador, con muchas aptitudes para la especulación; que era hombre capaz de sobresalir con justo título en su género, y de escribir obras mejores, más útiles y mucho más duraderas que las que escribió.» Estos elogios, que a regañadientes le tributa el crítico, son una perla en un mar de disquisiciones agresivas e insidiosas.

Las opiniones de Lastarria sobre don Diego Portales y la política conservadora son las que más merecen la apasionada crítica del escritor pelucón. Para don Pedro Cruz, Portales descuella en nuestra historia como verdadero gigante, pero sin que consigne la justificación de su afirmación. ¿Cómo se explica el crítico conservador las opiniones de Lastarria sobre el omnipotente ministro de la administración Prieto? ¿Por la solidez de sus convicciones liberales, la tolerancia de sus principios, o por su repugnancia a la política de represión y arbitrariedades que simboliza aquel eminente hombre público? Nada de eso: la explicación es mucho más sencilla y muy del agrado del espíritu conservador: la causa de la malquerencia de Lastarria hacia Portales era la envidia. «Todo esto es una confusión, escribe. ¿Qué era, al fin, ese ministro? Era un grande hombre a quien nuestro autor odiaba y envidiaba. La ambición de éste no era otra que desempeñar en

Chile el papel que hizo el ministro, esto es, el de organizador de una sociedad nueva y fundador de su gobierno. Lastarria mira a Portales como un enemigo personal, como a un hombre que le ha arrebatado la gloria: en vez de la estatua de Portales, debía levantarse la del autor de las «Lecciones de política positiva». Este pobre autor debía sublevarse delante de su rival, considerándose como la inteligencia pura vencida por la fuerza bruta: sus teorías se estrellaron contra los sólidos muros que dejó levantados el que fundó el partido conservador en nuestra patria.» Y poco más adelante: «Y bien, ¿cómo había de conformarse nunca al ver que Portales, un hombre sin conocimientos, un simple mandón, un tiranuelo, como lo llama, llegase a ser la piedra angular del gobierno de su patria; mientras que él, Lastarria, nunca pudo aparecer sino como político mediocre, teniendo como tenía en sus manos las tablas de la verdadera política, la política positiva, y sabiendo como nadie lo que es a punto fijo la libertad y el derecho, y en qué consisten las evoluciones, y mil curiosidades de esta especie? Padeció muchos desengaños, y bien podemos perdonarle la acritud de sus desahogos.» Lastarria no condenaba, pues, a Portales porque veía en él la encarnación de un sistema político que repugnaba a su espíritu, no porque considerara inaceptables e injustificables sus arrestos de dictador, no porque rechazara con toda la fuerza de sus arraigadas convicciones sus funestas ideas políticas, sino porque lo envidiaba y sus opiniones las dictaba el despecho. Ya lo dijo un eminente escritor peninsular: «Insistiré siempre en que las características del espíritu conservador, y por lo tanto del criterio conservador, es ver de explicar la conducta ajena por los móviles más bajos. En substancia, plébevez. Se deduce un doble postulado: el espíritu conservador suprime la energía ascendente y noble de la vida; el espíritu conservador es incapaz de engendrar grandes empeños o de comprender grandes obras de arte» *.

* Ramón Pérez de Ayala, en un artículo de la revista «España» de 9 de Abril de 1915.

En el capítulo que consagra a los admiradores de Lastarria, don Alejandro Fuenzalida Grandón, don Augusto Orrego Luco y don Paulino Alfonso, se acentúa esta tendencia a buscar una explicación en móviles bajos y mezquinos, a los elogios que los autores nombrados bordan en torno a la vida y la obra del autor de los «Recuerdos literarios». Comienza Cruz por asentar que no está suficientemente demostrada la importancia de los servicios prestados a la nación por Lastarria, y que se procura ensalzar su personalidad más allá de los términos debidos. Está visto: el proyecto de erigir un monumento al autor de «La América» no es grato al espíritu conservador. La evocación de la personalidad de Lastarria presta aquí asidero al crítico conservador para emprenderlas contra aquél, contra la enseñanza del Estado, don Valentín Letelier, Barros Arana y el mismo Fuenzalida Grandón. En sus opiniones sobre el hombre público liberal constatamos la misma hostilidad que anima su estudio de 1890, las mismas suposiciones insidiosas, la misma obstinada incomprensión de siempre. El mismo libro de Fuenzalida Grandón tampoco sale muy bien parado de manos del rudo crítico. «Lastarria y su tiempo», la obra de Fuenzalida Grandón, fué premiada en un concurso, cuyo jurado era integrado por los señores Barros Arana y Valentín Letelier. ¿Cómo obtuvo Fuenzalida el premio? ¿Porque su obra era buena y lo merecía, porque admiraba sinceramente a Lastarria y su labor era un serio esfuerzo de investigación y de crítica? No, señores, nada más lejos de eso; sino porque el autor se dedicó a lisonjear a los miembros del jurado, porque tenía sus mismas ideas en materias políticas, religiosas y educacionales. La misma mezquindad, el mismo criterio estrecho, la misma absurda y tenaz incomprensión que campea en todas sus páginas!

La antigua hostilidad reaccionaria contra la enseñanza del Estado halla en Pedro Cruz un ardoroso intérprete. Ya que no con buenas razones, sobran las envenenadas insidias para atacarla. «Es de suponer, escribe, que el señor Fuenzalida Grandón, profesor del Instituto Pedagógico, ha de ser consecuente con sus ideas, y procurará con todo empeño cerrar el paso a cual-

quier elemento conservador, clerical o monacal que tenga el atrevimiento de aspirar a profesor de Estado.»

Lo que el prestigioso catedrático dice de cómo concebían la historia Amunátegui y Barros Arana, saca también a Cruz de quicio, y sin más bagaje que la lectura del libro de Gaylord Bourne sobre el régimen colonial de España en América, condena a ambos historiadores a velas apagadas. «Cualquiera que lea la obra de Eduardo Gaylor Bourne «El régimen colonial de España en América», se convencerá de que ni Lastarria, ni Amunátegui, ni Barros Arana comprendieron ese régimen. En todo caso, en ese libro está marcado el verdadero rumbo para conocer el espíritu de la organización colonial española.» Con esto el virulento escritor cree clavar una pica en Flandes y haber dicho una verdad más grande que una cordillera, pero sin que ella contribuya a destruir ninguna arraigada convicción, ni aporte una razón valedera.

AMUNÁTEGUI

El estudio que Cruz consagra a don Miguel Luis Amunátegui y a su obra literaria es, en mi opinión, lo más acertado de su volumen, pero oscurecido por la fanática intransigencia de su espíritu colonial. Reconoce el escritor conservador en Amunátegui condiciones de historiador, elogia sus primeros libros, señala sus cualidades, pero lo odia en cuanto a educador y hombre público por haber sustentado ideas liberales. Cuando Amunátegui cita a Jesucristo y habla de Dios, escribe movido sinceramente por la inspiración; pero cuando se deja llevar de sus ideas y llega a conclusiones que no son del agrado del crítico, es un historiador detestable.

Para elogiar al autor de «La dictadura de O'Higgins» Cruz se complace en rebajar a Barros Arana. La personalidad de nuestro eminente historiador es una obsesión que lo persigue a todas partes. No le puede perdonar su liberalismo, el arraigo de sus ideas, su espíritu científico, su probidad literaria. El que no crea en burdas patrañas, ni comulgue con el rancio

espíritu colonial, ni cite a Dios y a la Divina Providencia a cada paso, lo saca de quicio. Amunátegui y Barros Arana tienen, pues, para él dos pecados gravísimos que purgar: haber sustentado ideas liberales y haber sido acérrimos enemigos de la libertad de enseñanza, tal como los conservadores la entienden. De aquí a negar a ambos sus condiciones de historiadores y escritores no hay más que un paso. Aún más: ambos han contribuido a echar a perder el gusto literario de los chilenos. «Hemos tenido la desgracia, escribe, de que los historiadores chilenos que han formado la opinión corriente acerca de la época colonial, hayan sido liberales o incrédulos.» Hemos tenido la suerte y la felicidad, diré yo, de que nuestros historiadores se han dejado guiar por la única orientación que rinde frutos duraderos: la investigación de la verdad, y nada más que de la verdad. Porque han sabido encontrarla y exhibirla es que sus obras viven y perduran, y han contribuido, con razón, a formar la opinión corriente. En vez de dejarse llevar de añejas preocupaciones, de rancios prejuicios, guiados sólo por un austero espíritu científico han erigido en nuestra literatura un monumento sólido y perdurable. No es que nos hayan faltado historiadores crédulos y católicos servientes: ahí están las obras de los padres Olivares, Ovalle, Rosales, Molina, Melchor Martínez, para demostrarlo. La única luz que resplandece con brillo propio y penetrante es la de la verdad, y cuantos esfuerzos se hagan por desvanecerla u ocultarla resultarán siempre estériles.

Pero, debo repetirlo: prescindiendo de las apasionadas páginas que al crítico dicta la intransigencia de su espíritu, el estudio sobre Amunátegui es en general, justo, acertado y exacto.

BELLO, SALAS Y LACUNZA

Los tres artículos siguientes los consagra Cruz a estudiar la personalidad de don Andrés Bello, de don Manuel de Salas y del padre Lacunza. No pretendemos escatimarle elogios: el crítico discurre aquí con más ecuanimidad, y no se deja arrastrar

por sus prejuicios. La personalidad del venerable redactor del Código Civil no le entusiasma; reconoce sus altísimos merecimientos, apunta las características de su selecto espíritu, pero formula sus reservas. El crítico no comprende al hombre ni el medio en que actuó. Pretende Cruz poner en ridículo a Bello, exhibiéndolo como enfrascado en la averiguación de minucias lingüísticas, gramaticales y filológicas, ajeno por completo al movimiento literario de su época. Bastaría recordar la primera polémica que provocó Sarmiento, en la que don Andrés Bello participó incidentalmente, para reconocer la inexactitud de esta afirmación del escritor pelucón. Conservador, académico, hombre dócil al poder, erudito, gramático, don Andrés Bello pudo haber arrancado un elogio más ardoroso a este discípulo de Valbuena, pero su entusiasmo no trasciende. el aplauso se enfría en sus manos, una sonrisa escéptica se le dibuja en los labios. No quedarán como un modelo de comprensión las páginas que este rudo crítico conservador ha consagrado al sabio rector de la Universidad de Chile: después de las admirables que le han dedicado escritores como don Manuel Antonio Caro y Rufino Blanco-Fombona apenas si ellas merecerán recordarse a título de curiosidad erudita.

Su estudio sobre don Manuel de Salas, su vida y sus escritos, está concebido sin fanática intransigencia, con rara ecuanimidad y atinado acierto.

Del padre Manuel Lacunza dice Cruz que es el mejor escritor chileno: esto podrán apreciarlo quienes lo hayan leído, pues la personalidad y la obra del oscuro jesuita están tan lejos de nuestra época y nuestro interés que ellas apenas si despiertan la curiosidad de este o aquel erudito.

VICUÑA MACKENNA

Con muy buen acuerdo el autor ha relegado a las últimas páginas de su libro el estudio sobre don Benjamín Vicuña Mackenna, que no es más que una colección de ineptias. El señor Cruz desconoce la obra del autor de la «Historia de

Santiago», ha picoteado en ella un párrafo aquí y otro más allá, ha recorrido superficialmente algunos de sus libros y con esos precarios elementos pretende componer un juicio definitivo. Según él no tenía noción clara y bien definida del conjunto, ni el arte de disponer las partes y pormenores, en suma, la facultad narrativa. En alguna de sus obras hay algunos trozos regulares, uno que otro bueno, pero son tan raros que no pueden tomarse en cuenta. Para leer a nuestros escritores el crítico conservador se pone ante todo las antiparras de la antipatía y la prevención, y así todos resultan desfigurados, falseados o grotescamente ridículos. En una obra literaria tan extensa como la de Vicuña Mackenna, en una producción tan fecunda, es natural que haya muchas páginas mediocres, no pocas insignificantes y algunas dignas de piadoso olvido. En un escritor que vivió la mayor parte de sus días angustiado por la conquista del cotidiano mendrugo, que anduvo desterrado y escribiendo siempre a la carrera, como llenando una imposter-gable necesidad de su espíritu—«mi mejor medicina es la tinta», decía,—no puede buscarse una perfección académica, ni un amaneramiento muy del agrado de los críticos. Pero a falta de ello, ¡qué comunicativo entusiasmo, qué ardiente apasionamiento, qué espontaneidad, qué encantadora soltura! Vicuña Mackenna es, junto con Pérez Rosales y Justo Arteaga Alem- parte, nuestro mejor escritor de la pasada centuria, el que se lee con más agrado, el que posee un estilo más evocador, lleno de pasión y colorido: el de más aguda sensibilidad, el más interesante y más cercano a nuestro espíritu. Muchas de las páginas de su «Diario de tres años de viajes», del «Ostracismo de O'Higgins», de los «Diez meses de misión», de «Don Diego Portales» y de «La jornada del 20 de Abril de 1851», quedarán siempre como unas de las más bellas y admirables de nuestra historia literaria. La hostilidad y ceguera del crítico sólo se explican por la insuficiencia de sus lecturas y las preven- ciones de su intransigente espíritu,

UN ESPIRITU COLONIAL

El señor Cruz no oculta ni disfraza su credo de conservador y fiel creyente: en la página 97 consigna que Dios creó al hombre, le dió libertad, lo hizo sociable, le asignó un fin último, al cual debía tender solo y asociado. Ya antes había escrito que el hombre está en la tierra para amar y adorar a Dios y conquistar el cielo con la práctica de las virtudes cristianas.

No se puede menos que creer que un espíritu bienaventurado, una alma ingenua y candorosa como la del señor Cruz, que comulga con tales ruedas de carreta, no admire ni venera las personalidades de hombres como Bilbao, Lastarria, Barros Arana, Amunátegui y Vicuña Mackenna, que riñeron tan rudas batallas en favor de sus convicciones liberales. Es perfectamente explicable también que el escritor conservador considere que los escritores nombrados nos han trazado un cuadro falso y tendencioso del régimen colonial español. «Nuestros historiadores liberales hacen lo propio: tienen la manía de oscurecer el régimen colonial, escribe, y de poner a los chilenos de aquel tiempo como un rebaño de viejos santurriones, más o menos estúpidos; aquello es de una lobreguez melodramática. Vamos, no debía ser tanto como dicen. No hay motivos para creer que en tan pavorosa época no hubiese escuelas, libros, agudos ingenios, y sol, cielo azul, primavera, amores, niñas encantadoras y galantes mancebos. ¡Cuándo se levantará un historiador que nos ilumine esas tinieblas con brillante antorcha y no con mezquinas velas de sebo!» No se ve qué relación pueda haber entre el sol, el cielo azul, la primavera, las lindas mozas y los amorosos mancebos, con las costumbres y el régimen colonial peninsular. Escuelas había unas cuantas anexas a los conventos, libros no se conocían otros que los indigestos de teología y legislación, y en cuanto a los agudos ingenios deben haber vivido tan ocultos e ignorados que no ha bastado el transcurso de los siglos para sacarlos a luz.

Este tópico del régimen colonial español es muy del agrado del crítico, pues a hacer su panegírico dedica buenas páginas

de su volumen. ¿Qué nos legó el régimen colonial español? Según él lo siguiente: la paz, la equidad, y la pureza de costumbres. La tranquilidad y la paz sólo fueron transitorias en nuestro país, donde el ánimo inquieta y belicosa de los araucanos prolongó la lucha hasta los días mismos de la república; la equidad de los tribunales y autoridades españolas es punto muy discutible; y en cuanto a la pureza de costumbres, ella está muy lejos de haber sido probada. El crítico pelucón cree en ella como artículo de fe y el hecho de que don Miguel Luis Amunátegui se haya permitido dudarlo, y aún publicado un libro para llegar a la conclusión contraria, le da materia para discurrir varias páginas, con ardiente celo de convencido católico, pero con muy flacas argumentaciones. Según él las conclusiones del eminente historiador están encaminadas a difamar a una sociedad profundamente católica: afirmación gratuita y perfectamente insidiosa, del todo injustificada. «Lo bueno es que en medio de la crápula, desenfreno y espantosa inmoralidad que Amunátegui ha encontrado en la colonia, dice, no aparecen rastros de una sola casa de tolerancia, ni siquiera de alguna menguada mujercilla que ejerciera tranquilamente el oficio.» Es cierto que Amunátegui no encontró rastro de casas de diversión, pero es raro que un crítico tan bien enterado de la labor de nuestros escritores olvide las páginas que a las mujeres de vida airada consagró Vicuña Mackenna en uno de sus libros, «Los médicos de antaño en el Reino de Chile». «Esta austeridad de costumbres, agrega el escritor conservador, está confirmada por los cronistas de aquella época, y aún por extranjeros que visitaron la colonia en el siglo XVIII». Muy oportuno habría sido citar el nombre de esos cronistas; del lado contrario se puede allegar el testimonio de dos testigos insospechables, don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa, que en su justamente famoso libro «Noticias secretas de América» dieron muy prolijas y menudas noticias de la disolución de costumbres de la sociedad colonial de su tiempo.

Lo que hay es que al reconocer que las costumbres no eran tan puritanas ni ceñidas a una moral tan acrisolada como se pretende, habría que reconocer el fracaso de la misión morali-

zadora del catolicismo, postulado que para una pluma tan fanática como la del señor Cruz equivaldría a la más señalada de las herejías.

En su afán apologético del régimen colonial español, el escritor conservador llega a consignar afirmaciones tan descabelladas y tendenciosas, que más vale considerarlas como burdas ineptias. Así, en la página 257, dice que en Chile estaba tan hondamente arraigada la fidelidad al monarca español «que es bien probable que se hubiera resignado a su suerte y que la independencia se hubiera retardado, si los jefes de la expedición, Osorio y después Marcó, no hubiesen exasperado a los habitantes con su despótica administración, bien diversa de las tradiciones coloniales». La simiente que habían lanzado al surco Camilo Henríquez e Irizarri, Argomedo y Martínez de Rosas, no habría fructificado a no mediar las exacciones de la reacción española! Magnífico paradigma de incomprensión, mezquino aserto de un mezquino espíritu, ofuscado por el fanatismo y la superstición religiosa!

CONCLUSIÓN

El estudio de nuestros escritores sirve a Cruz de pretexto para quebrar lanzas en pro de su credo religioso: no lo mueven ni su afición literaria, ni su ecuanimidad; su acendrada fe y sus convicciones son el mejor acicate de su apasionada pluma. No debemos, pues, asignar a las páginas de su volumen una existencia duradera; tendrán tal vez el valor de un aporte polémico, ardiente y encendido de religioso celo. Pero de aquí a considerarlo un nuevo Menéndez y Pelayo media enorme distancia: yo diría que tiene del erudito polígrafo castellano la feroz intransigencia del espíritu, con mucho de la miopía y estrechez del inolvidable don Antonio de Valbuena*.

* De las críticas de Cruz a la labor literaria del historiador de Chile me haré cargo en un próximo artículo, «Barros Arana y sus detractores».

González Vera

Alhué

MI PADRE

MI padre comenzó a existir de improviso. Un día lo ví junto a la casa montado en hermoso caballo. Nunca supe si era buen jinete; pero en ese instante impresionaba su actitud. Sentíase alegre, irradiaba seguridad. Parecía un caballero de cuadro.

Era mi padre un hombre alto, blanco, de grandes ojos llameantes. Su traje negro hacía parecer casi delgado. Generalmente su aspecto era severo, pero cuando conversaba solía reírse con risa lenta, continuada y loca que lo transformaba en absoluto.

Hablaba con mucha seguridad y su voz estaba siempre variando de tono. Sin embargo, en un lapso cualquiera, sin suspender la charla, se iba íntimamente de la conversación como solicitado por una preocupación particular.

En esa época creía yo que dentro de uno se alberga cierta alma inmortal, y observando a mi padre, cuando daba la sensación de no estar presente, sentía toda su realidad. Mientras hablaba daba casualmente con algún recuerdo significativo y lo seguía, sin desatender la lógica de la conversación. Era un desdoblamiento perfecto.

Conversando mi padre se animaba en extremo. Todo lo que contaba parecía formar parte de su propia historia. Iba diciendo las palabras en el tono menor de la voz firme. Los detalles

tenían esa vivacidad de lo experimentado. Uno veía paisajes, tipos, acción. ¡Y con qué inteligente abandono intercalaba un espacio de silencio entre una frase y otra!

Más tarde he querido separar la parte de creación que había en sus narraciones, pero no lo he conseguido.

Otro hecho fundamental de su carácter era la posición que ocupaba frente a los demás. Nadie lo tuteaba ni aventuraba en su presencia una familiaridad. A pesar de lo amable que eran sus maneras, por una razón que no pude comprender entonces, y que más tarde tampoco he descubierto, había en él algo inasible. Por hábito natural mantenía sus relaciones en la nota más fina.

Y esa misma actitud mantenía en nuestra casa. Mi madre sentía por él un emocionante respeto que le impidió siempre emplear el tú en vez del usted.

Durante muchos años debí ser para él algo así como un arbusto. Mirábame de modo particularísimo y no me nombraba jamás. En cambio, yo le tenía más devoción que a Dios.

En casa estaba sólo a la hora del almuerzo. Durante dos horas leía *La Ley* línea por línea, sin desdeñar ni siquiera los avisos.

Desde la habitación contigua, donde me instalaba para espiarlo, veíalo leer con abrumadora atención. Las letras del diario iban saltando una a una a sus ojos. Cuando su mirada caía sobre el pie de imprenta, arrojaba el papel y se levantaba para escobillarse con la mayor parsimonia.

UNA CALLE

Las calles del pueblo eran numerosas y anchas en demasía para el tránsito cotidiano.

A la hora del tren se abrían todas las puertas y unas cuantas personas salían con rumbo a la estación. Encontraban no sé qué placer en mirar, a través de las ventanillas, las cabezas desgredadas de los viajeros. Para el pueblo, los hombres del tren formaban la humanidad desconocida pero latente.

Antes y después las calles eran inútiles porque nadie las frecuentaba. Permanecían mudas, desiertas, escondidas. Eran puro paisaje. Y salir al balcón resultaba ocioso.

La nuestra era una calle de gran calma. En toda su extensión no había más de doce casas, pero los cercos coronados de hojas llegaban hasta donde alcanzan las miradas, y aún superaban esa distancia.

Por el hecho de nacer en la calle principal conservaba en su primera cuadra cierto aliñamiento burgués: tenía aceras ripiadas y, de trecho en trecho, árboles anémicos, empolvados, sin primavera ni pájaros.

Después seguía una jornada de murallones clericales, y de repente la atravesaban los brazos de acero de la vía férrea, brazos fraternales si queréis, pero brazos que arrebatan desde la ciudad lejana el fruto de los campos.

Iba bajando luego con movimientos ondulantes hasta el cementerio. Su aspecto hacía selvático. Se alzaba a su derecha un bosque de álamos transparentes que favorecía con su sombra a los innumerables ociosos del pueblo. El flanco izquierdo estaba cubierto de zarzamora. Los conejos que ahí tenían su cuartel corrían bifurcándose entre la yerba.

Tristán, mientras permanecía el sol, los acechaba desde la alameda. Su escopeta tronaba hasta que no había luz. Era el fantasma de los conejos.

Solía esparcir trozos de espejo junto a la zarza para atraerlos e inmovilizarlos; pero los conejos, seres sin vanidad ninguna, iban y venían locamente, zigzagueando.

Tan pronto como la obscuridad deshacía la calle, los raros transeúntes del día desaparecían. Y hacían bien. A esa hora, las parejas que no querían llegar al matrimonio en estado de perfecta inocencia, buscaban el amparo del bosque.

Más allá comenzaba la zona del cementerio. La calle hacía de pronto anchurosa, como si los que por ahí transitaban necesitasen de mayor espacio.

Sin embargo, aparte del asno que poseía el Municipio, todos preferían irse por otro camino, porque un cementerio, aunque

no tenga en su frontispicio coplas de Manríquez o inscripciones aterradoras, entenebrece todas las almas.

El asno era el único paseante venturoso. La proximidad del cementerio ponía entre él y sus enemigos una muralla de paz. Además en el contorno sobraba la yerba.

Frente al cementerio tenía su casa el viejo Aliste, sepulturero perpetuo ante quien nacían y morían las gentes después de acabar una vida sin asunto.

Un poco más lejos se asomaba el rancho de Cacú estrangulado por la zarzamora. Desde ahí seguía la calle sin la compañía de nadie. Y, naturalmente, aburrída de su propia soledad, se empinaba un tanto y saltaba al río. Este se la llevaba consigo eternamente.

CREPÚSCULO

La primera casa que habitamos, de fisonomía vagamente española, era demasiado grande. Al término de sus cuartos, un patio perennemente musgoso y siempre abandonado, la aislaba de la arboleda.

En la vastedad de ese albergue continuamente silencioso, yerto, inalterable, conocí todos los matices de la desesperación. Sentía deseos de huir, de trepar árboles, de gritar multitud de palabras, de oír otra voz. Después el aburrimiento roía todos mis deseos, aplastaba mi cuerpo y me dejaba a tono con el ambiente.

Pero apenas el sol se hastiaba de estar sobre el pueblo, y las sombras de los árboles, las casas y los cuerpos se desprendían de esto para amalgamarse en la atmósfera, la alegría corría por la calle y golpeaba en nuestra puerta.

Los vecinos ponían los pisos en la acera y aguardaban la hora de cenar.

Las sombras iban pegándose circularmente y adensándose, y cuando ya el pueblo estaba encerrado, nos sentíamos como bajo la carpa de un circo.

El farolero del pueblo iba despertando las luces de nuestra

calle. Qué gusto daba verlas temblar dentro de la obscuridad.

En la esquina inmediata estaba el Almacén El Tropezón... Una recia vara, pulida por el tiempo y el uso, servía a los huasos para atar sus cabalgaduras y topear en los días festivos.

También el despachero aguardaba la noche. Apoyado en el mostrador miraba hacia la calle sin pestañear, con todos sus sentidos en tensión. A él no lo sorprendía así no más el aliento de la noche. Mientras su vista percibía claramente la figura de las cosas ubicadas en el contorno, sentíase tranquilo; pero cuando se iniciaba la transfiguración y las formas individuales se sumaban en un todo inabarcable, desmesurado, recogía su mirada hasta el umbral y esperaba nerviosamente el arribo de la penumbra. Por solapado que fuera el avance de ésta, él no se dejaba engañar. Encendía las cuatro lámparas del negocio y la penumbra se esfumaba velozmente.

Los peones de los fundos circundantes entraban a beber. La calle se llenaba de palabras, risotadas y gritos.

También solían pasar algunas carretas. Sus astrosos conductores, perdidos en la obscuridad y subordinados al lentísimo tranco de los bueyes, cantaban tonadas de enervante monotonía.

Poco antes de la queda, llegaba hasta nuestra puerta un hombre trajeado de negro, bajo y de bondadosa barba amarillenta. A menudo me dejaba entre las manos un paquetito con frutas secas.

De día el Almacén El Tropezón tenía escaso movimiento. Entraban algunas personas antes del desayuno y cerca del almuerzo. En las demás horas no había sino tierra y soledad.

Su dueño, don Nazario, sudaba angustia, porque aborrecía el silencio y carecía de iniciativa interior. Quizás le hubiera convenido más instalar una taberna en la ciudad; pero tampoco podía sufrir una situación nueva. Lo desconocido le horrorizaba. El no podía concebir nada; pero se aburría.

DON NAZARIO

Don Nazario era altísimo... No terminaba nunca de ser grande. De sus hombros ya un poco cansados nacía el cuello, afianzado por gruesas venas, y sobre éste gravitaba una cabeza pequeña y canosa, de cuya cara, más pequeña aún, caía, sin desprenderse, una enorme nariz,

Era serio, perezoso monosilábico. Desde la mañana mordía su vieja pipa y tranqueaba por la acera de su almacén.

Le gustaba que los demás hablasen. Un charlatán impenitente era para él un ser de gran inteligencia. La posibilidad de asociar varias palabras le maravillaba.

Sin embargo era absolutamente reacio a la elocuencia. Tal vez entendía las palabras; pero en su vida de relación no emitía más de cuatro.

Cuando necesitaba responder no decía sino *así*. Y bastaba. Por el tono y el ademán podía deducirse lo que anhelaba.

Su mujer no se asomaba al mostrador casi nunca. Tenía el esqueleto muy escondido entre las carnes y el malhumor a flor de piel; pero tampoco hablaba. En su mímica cotidiana expresaba tanto la alegría como el disgusto.

Y precisamente en el mutismo residía la desventura conyugal.

Don Nazario, a pesar de hallarse tan cerca del cielo, era un hombre melancólico. Nunca lo abandonaba esa especie de tristeza carnal que vive y permanece en quien no ha conocido más mujer que la propia.

Solía aventurarse por las casas de las viudas. Pero era tan grande, tan mudo. Se asemejaba más a un árbol que a un hombre. Y luego no sabía decir esas palabras mágicas que afiebran la piel. Todo el deseo se le concentraba en sus ojos de brasas; pero su inmenso esqueleto, aislador de toda posibilidad romántica, ahuyentaba a las más valientes. Jamás se le aproximó el éxito. Estaba condenado al abrazo frío de su mujer, de su mujer de tantos años.

En su condenada vida de almacenero no tenía más placer que escuchar. Sus grandes orejas le permitían enfocar los ruidos lejanos con perfecta claridad. Sabía cuándo el caudal del río era mayor y percibía el traquetraque del tren mucho antes que llegara a la estación. En la noche oía ensimismado la plática de los peones.

Pablo Neruda

Dolencia



En el fondo del mar profundo.
En la noche de largas listas,
como un caballo cruza corriendo
tu callado callado nombre.

Alójame en tu espalda, ay refúgiame
aparéceme en tu espejo de pronto
sobre la hoja solitaria nocturna,
brotando de lo obscuro, detrás de ti.

Flor de luces olvídame ahora.
Acúdeme tu boca con besos.
De qué estaba hecha, de llanto,
de distancia, de separaciones.

Ahora bien, en lo ilimitado,
en lo sin orillas, olvidándose.
Lo que de noche queda fuera de las cosas:
los rieles, el grito de las lluvias.

Acógeme en la tarde de hilo
cuando el anochecer apura
su vestido y palpita en el cielo
una estrella llena de viento,

acércame tu ausencia hasta el fondo
pesadamente, tapándote los ojos,
crúzame tu existencia suponiendo
que mi corazón está destruído.

Bizarrias de Antaño

RICARDO Prieto Molina, el poeta amigo, muerto también en plena y fuerte virilidad, fué el que más elogiosamente me manifestó su aprobación por este artículo. Sus versos merecen figurar en una bella Antología que fuera hecha con ecuanimidad y gusto acendrado. Sus tercetos amorosos, que cultivó con especial predilección, son perfectos, impecables, voluptuosamente tristes. Pero, ¿no es acaso la voluptuosidad la más grande tristeza del amor? Lástima que el autor de tales tercetos se ausentara de esta tierra sin agavillarlas, que andan por ahí dispersas en *La Ley* y en las revistas de la época.

Era Prieto un hombre alto, bien musculado, de fuertes bíceps. Lo conocí cuando era militar, un apuesto capitán, de faz morena y mirada vivaz. Se retiró de la milicia y se dedicó al comercio. Murió rico, un poco corto de vista y desengañado de los versos. Una de las últimas veces que le encontré, hace años, me dijo: —Toda mi vida ha sido de amor: amo a las mujeres, la buena mesa, la plata y la poesía.— Y feliz él: lo que quiso lo obtuvo plenamente en la vida.

Hay que fijarse que en estos días al primer amago de un ataque adversario contra las nuevas orientaciones literarias, era yo el único que me apercibía a la defensa y paraba los golpes. No sólo iba a la prensa, sino endonde quiera que encontrase hostilidades de mis émulos y burlas de cenáculo, ahí estaba yo dando y recibiendo estocadas. Cuántas veces se caldearon los áni-

mos hasta el punto de riñas vulgares. Y en el fondo—¡Dios lo sabe que soy sincero!—era como lo he sido siempre, un pobre niño grande, humilde y quitado de arrogancias, perdonador de todo agravio y de toda iniquidad. Pero me fingí tan valiente, atacué a mi vez de manera tan desafortada, que por lo menos logré que se me tuviese alguna consideración. Por otra parte, de mis coloquios con González, salía siempre reconfortado, con nuevos empujes. Este poeta, más inofensivo que yo, tuvo la superior virtud de ingerirme cada vez no sé cuáles espíritus de acometividad y de arrojo, y que conservándolos todavía me han sido provechosísimos en el vivir cotidiano. Pero la procesión andaba por dentro: en lo íntimo de mi ser deploraba no tener la suerte de Diego Dublé Urrutia, por ejemplo, a quien todos aplaudían sus versos tan sencillos y tan del gusto corriente.

Por otro lado, nunca como entonces sufría las nostalgias del país natal, la tierra que parecía brotar del mismo mar y empinarse en colinas totalmente festoneadas de verde; el río ancho, de sosegado y apacible curso, por donde el ala de Favonio apenas si oprimía y rizaba el espejo cristalino; el mar dilatado, ondulante y rítmico, con sus espumas, con sus barcas, con sus veleros lejanos; el cielo intensamente azul vetado de vellones blanquecinos; la lluvia fina o torrencial e impetuosa; el viento huracanado y zumbante, todo, todo lo insular lo deseaba con pena y con fuerza mi espíritu atribulado y combatiente. Me hubiera trocado por uno cualquiera de aquellos isleños humildes y vigorosos, que a remo y vela inflada pasan la vida en el mar, sorteando peligros y desafiándolos en la intrincada red de islotes y canales de mi Archipiélago. Comparaba aquellas gentes sencillas y hospitalarias con estas otras presuntuosas, infatuadas, cañas huecas y vacías, con el corazón como de dura berroqueña, burladores despiadados de todo noble intento. Al meditar en las injusticias, en las iniquidades sociales, en la vida que se me presentaba aquí en toda su horrorosa desnudez, porque los hombres la habían hecho mala, me poseía el demonio de la rebeldía o caía, a las veces en largas horas de abatimiento, con

la mirada perdida en el vacío, sin hacer nada, como un estafermo.

Un día, no sé cuántas horas estaría sentado yo en un banco de la Alameda, en tal semejante crisis, ajeno a todo lo que me rodeaba,—oí una voz bien conocida:

—¿En qué piensa, mi amigo, que no me ha saludado al verme?

—¡Ah, don Eduardo, perdone Ud.; estaba tan abstraído!

Y don Eduardo de la Barra se sentó en el mismo escaño del paseo. Hablamos primero del diario en que yo escribía. Y al preguntarme por mis medios de vida y si ejercía el magisterio, le conté punto por punto mi aflictiva situación; cómo se habían vengado en mí los clericales de los Angeles, porque yo había batallado denodadamente en contra de Errázuriz; mis luchas por el granito de alpiste en Santiago hostil y malévolos. El viejo y buen poeta, acaso tan pobre como yo, se condolió de mí, me confortó con sus más dulces y cálidas palabras, y para distraerme de mis acerbos pesares me habló de las glorias del verso y de la poesía. El sólo lamentaba que teniendo yo tanto talento —así decía—no hiciera versos sencillos y estuviera escandalizando con mi manera gongorina. Ya iba yo a replicarle cuando acertó a pasar don Diego Barros Arana, a quien en su propia casa me había presentado don Valentín Letelier. Nos invitó a su paseo de la tarde, hasta la columna de los Escritores. Y fuimos. Formamos una verdadera cruz, con don Diego en el medio, él tan alto. Don Eduardo a la derecha; Yo a la izquierda.

Nuestro gran historiador, a quien yo quería y reverenciaba, me pareció siempre una escoba invertida; y su cara, la de un simio anciano con la barba abundante y canosa. Pido perdón por la comparación tan atrevida... Esa vez tenía los ojos muy irritados, y dijo que así estaban por haberse acostado muy tarde y leyendo documentos sobre la cuestión de límites con la Argentina. No recuerdo si todavía era Perito en el pleito internacional, o si ya el Presidente Errázuriz había cometido la ignominia de destituirlo; pero sí que recuerdo de la vehemencia con que estos dos grandes patricios, beneméritos de la Patria, don Diego Barros Arana y don Eduardo de la Barra, hablaron de

las pretensiones cuyanas. Esta vez don Diego, como muchas veces después en el 98 cuando iba a entrevistarle en nombre de *La Ley*, decía que los derechos de Chile eran sagrados; y entonces se animaba, se enojaba y accionaba desaforadamente con el bastón, como si amenazase al enemigo que tuviese a su frente.

Don Diego Barros Arana me contó en esa ocasión que el primer trabajo histórico suyo había sido sobre mi provincia: «Historia de las campañas de Chiloé», y presentado a la Universidad Nacional en 1856. A la muerte del historiador y educador ilustre recordé esta obra, y en homenaje a la memoria del autor hice mi poesía, «Por la muerte de un grande hombre», leída en una velada del Ateneo de Santiago.

Otras tardes acompañé en su paseo acostumbrado a don Diego, con el corazón rebosante de justo orgullo, porque iba ya con el hombre superior. Él, con la intención evidente de que me fuera provechoso, me hablaba de la cuestión de límites y de política. Así podía escribir colaboraciones que se me pagaban en el diario, que se publicaban inmediatamente. No recuerdo que él tuviese que arrepentirse de haberme dicho alguna cosa, de quejarse de una mala interpretación de sus palabras. Posteriormente él mismo me hizo notar este hecho, y añadía:

—X no entiende nunca a derechas las cosas, aunque las apunte. Cada disparate que me atribuye me hace arder, me saca de mis casillas.

Hace mucho tiempo que X emprendió el viaje de ultratumba.

En «La Tribuna» de Valparaíso también yo colaboraba entonces. Pero como el Director de ese diario creyese que yo podía vivir de emparedados de rayos de luna en pétalos de rosa, no me pagó jamás mis colaboraciones. Y eso que prometió pagarme puntualmente. Me estuvo engañando dos meses. Dios lo haya perdonado.

Y qué de iniquidades semejantes he visto yo en las imprentas. En alguna, dos o tres redactores, opulentamente pagados y todos los demás explotados, robados, estrujados en el más valioso de los trabajos. He visto a un crítico de la ópera, joven inteligente y formal, ir sin camisa y con sólo pechera y cuello

bajo la levita, al estreno de Mefistófeles, hacer su artículo pasada la media noche y ganar siete pesos cincuenta centavos por columna y media, que se medían con un cañamito antes del pago; y he visto al administrador con dos cocotas en el Cerro, muy alegre de champaña, derrochar el dinero, lo suficiente para haber pagado en aquel tiempo, seis meses en la casa de pensión.

No triunfan en el diarismo los más inteligentes sino casi siempre los más farsantes, inescrupulosos y audaces. Yo sé por qué artículo obtuvo Fulano un puesto en una legación. He sabido posteriormente que las emulaciones periodísticas son terribles y cómo dos redactores conjurados cierran el camino al talento que pretende un puesto entre ellos... Es admirable la vida del periodista que se ve solicitado de los grandes y de los minúsculos, que lo acarician y festejan como portavoz de su vanidad. Ninguno como el jefe de la gacetilla de un diario conoce mejor la flaqueza humana de los que van a mendigarle una línea, un anuncio, un bombito; y ninguno tan risible gacetillero como aquel que se infla y no sabe distinguir el mérito verdadero del vacío presuntuoso. Hay un noticiero despreciable y éste es aquel que sabiendo sólo por misericordia de Dios hilvanar unas cuantas frases banales de la ramplonería del oficio, trata despectivamente al que se hace aplaudir por sobresalientes y efectivas dotes de talento, efectivas dotes mentales. Y cuando aquel se calla de propósito, roído interiormente de la envidia, y no da la noticia del hecho brillante o del discurso elocuente, comete una doble estafa, para con el público que paga y para con el patrón que le paga, al gacetillero.

Hubo un tiempo en que como periodista militante escribí muchos elogios a los muertos. Alguien me reprochó tan plausible conducta. Ahora debo declarar que las virtudes de los que fueron deben ser loadas constantemente para infundir en los vivos no sólo el deseo de reforma y el anhelo de imitarlas, sino también el ansia de superarlas. Además tales elogios fúnebres suelen ser, y fueron siempre en mí, desinteresados y sinceros. Pero no hay que esperar que el varón virtuoso cierre sus pupilas a la luz y acalle su ritmo cordial para tributarle alabanzas,

no; porque si cerráis vuestros labios cuando el varón fuerte vive para llamarle grande, demostraréis ruindad de espíritu y que vuestro corazón está roído de la envidia ineficaz. Por todo, cuando yo no vi nada que loar en los vivos; loé a los muertos y no más de cuatro veces exalté los merecimientos del viviente virtuoso. Otras veces la alabanza fué en mí, para los demás, estímulo más que recompensa merecida.

* * *

Entre los colaboradores de «La Ley» no debo olvidar al poeta amigo Diego Dublé Urrutia, cáustico y mordaz *John the Ripper*. He aquí un muchacho que entró en la vida con pie derecho. Y ha tenido suerte bien merecida. Su libro de poesías «Veinte años» fué unánimemente aplaudido cuando apareció. Yo mismo tuve un reposorio para dejar la lanza desfacedora de agravios y tejer una guirnalda para el poeta. Y esto ocurría cuando hasta los más intonsos me aconsejaban que siguiese el ejemplo de Diego, que desdeñaba las modas de París; lo que habría sido motivo suficiente para que yo abominara de su libro. «Del Mar a la Montaña», su obra posterior, realirma sus excelentes cualidades líricas.

Cuando Diego vivía, en aquel tiempo, en una pieza de la Universidad, segundo piso, a la izquierda, nos congregaba, un día de la semana, el Lunes, a algunos de sus amigos a tomar té con galletas. Entonces leíamos versos nuestros o ajenos, y murmurábamos un poquito del prójimo, no siempre. Aquí conocí a un joven entusiasta de la poesía, que no hacía versos, pero que demostraba buen juicio: Oscar Urzúa Jaramillo, que se ha dedicado después a la política y con éxito. En una ocasión, más por fuerza que de grado, alguien condujo al poeta González al té de Dublé Urrutia. Estuvo aquel silencioso, fumando sin cesar, no aceptó el té y manifestaba su extrañeza viéndonos remojar en el té las galletas. Media hora más y se levantó para irse, y no hubo medio de retenerlo. Al salir él

hubo que abrir puertas y ventanas para que saliera el humo de sus cigarros... ¡Ah! nos reímos con alegres carcajadas.

Ausente algunos años el poeta Dublé, en servicio de su país en el extranjero, algunos le han olvidado; otros, y esto es para mí admirable, le han negado; aunque vanamente. El poeta Dublé Urrutia, aun cuando no hiciera una poesía más, tiene bien cimentado su edificio lírico, a prueba sus muros de aguijón de avispa y de dientecillo roedor. Sin necesidad de apelar al juicio equitativo de la historia, hoy mismo podría rechazar sonriente la agresión, porque apenas si el soplo malevolente podrá formar un pliegue en el agua serena de su «Fontana Puras».

* * *

Y sucedió que conocí personalmente a Avelino Samorati, Evaristo Molina, Samorati, nombre famoso antaño, que escandalizó a las gentes timoratas y ortodoxas en la portada de un libro herético, «Los Papas a través de la Historia», cuyo verdadero autor ha venido a saberse ogaño. Cuando ya era director de «El Progresista» de Los Angeles, recibía con alguna frecuencia artículos de fondo firmados por Avelino Samorati, que con la mayor complacencia mía se publicaban.

Quedé admirado de este hombre desde que le vi la vez primera. Fornido, de contextura atlética, de ademán reposado, como de quien está seguro de sí mismo, de hermosa y renegrida barba fluvial, de mirada bondadosa y de palabra serena, me imaginé que podría, si lo quisiera, desjarretar un toro y dar muerte a un león. Afable, cariñoso desde el primer momento, encontré en él un verdadero amigo. Con un gran fervor por la Belleza, fué de los primeros en acogerme y estimularme. Con el gran poeta González, que fué quien me lo presentara, me llevó a su casa que, desde entonces, puedo decir con la más estricta verdad, fué la nuestra; porque al poeta y a mí siempre, de ahí adelante, se nos recibía con el mayor cariño del mundo, cuantas veces se nos ocurría ir. El poeta de «Rit-

mos», de suyo esquivo y huraño, tenía en grande estima a Molina y, por lo menos, iba una vez por semana a comer con él, porque sabía que hasta el gato de la casa y los pajaritos de la jaula lo querían sinceramente.—«Tiene un corazón de oro y es un niño grande» —decía el poeta González por Evaristo Molina. Y de seguro se habría quedado maravillado si por don profético hubiese penetrado en el porvenir y hubiera visto que en el escritorio de nuestro común amigo se encuentra hoy el busto del desdichado autor de «Ritmos», de un notable parecido, y modelado por la misma mano de Molina, que así se ha revelado con talento de escultor. Pero si el poeta nos mira de la otra vida, él verá el proyecto de mausoleo, hermosísimo, bronce y mármol, que le ha hecho el mismo Molina y que espera que algún día pueda realizarlo en el Panteón...

* * *

Conocí también por aquel tiempo a mi amigo Miguel Luis Rocuant. Declaro con la más íntima satisfacción que él fué el primero y único reverenciador de Verlaine y del *modernismo* que encontré en Santiago. Sólo para él y para mí, Rubén Darío era el gran poeta de lengua castellana. Pueden imaginarse hoy los que me lean el regocijo y el entusiasmo que se despertaron en mí, entonces, por haber conocido un espíritu que vibraba a la par del mío, que reconocía la necesidad de remozar la lírica, en consonancia con el vivir moderno. Su conocimiento perfecto del francés literario le ponía en aptitud de tratar familiarmente a Rollinat y Richepin, a Moréas y Mallarmé, a Huysmans y Baudelaire etc. etc.,. El no publicaba todavía; pero se nutría del lirismo francés y de filosofías alemanas. Yo conocí en él, desde el primer instante, el vigoroso poeta que tendría que ser Rocuant. En cambio, él me confortaba en mis desfallecimientos, me aplaudía mis pequeños éxitos y cada vez que le llegaba de París un libro nuevo, me lo daba a leer. En esos días de la alegre juventud también íbamos a cortar

rosas rojas para ofrendar en las aras de Afrodita, y mientras la diosa para mí era esquiva, para él siempre fué propicia.

El puede atestiguar hoy cómo yo fuí el primero en Chile en proclamar la libertad en el arte, ni clásico ni romántico, independiente, personal y moderno. El fué testigo de mis campañas. El puede decir cómo yo respondía desde el diario y la revista a los que me motejaban de *decadente*; los bríos que gastaba y las audacias que yo tenía. Miguel Luis Rocuant fué como yo una alondra en aquel amanecer.

1898.—En este año vi bien el espectáculo desolante de la maldad y de la injusticia sociales. Antes sólo de oídas sabía del sufrimiento de los pobres, de las explotaciones del capital, de las desigualdades irritantes que engendran la sed de venganza, las protestas airadas, las huelgas y la prédica anárquica. Tuve noticias ciertas de la maldad de los hombres que juzgaba imaculados. Hasta mí llegaban los ecos de las orgías en que se revolcaban pretensos estadistas sin decoro; asistí al triunfo de los ignorantes audaces, al enriquecimiento rápido, en los altos puestos públicos que habían asaltado, de abogadillos ante permanentemente sin clientela, y me asombré en la feria de peculados, con los contratistas fiscales escandalosos, con las prevaricaciones sonadas y con la desvergüenza de los concusionarios. Asistí a la bancarrota de todas las virtudes públicas y privadas.

Qué santa indignación sentí entonces contra los opresores y lágrimas derramé delante de las víctimas. Yo también sufría en carne viva la pobreza y desamparo; sentía la garra que me estrujaba, la ávida boca que succionaba sangre de mi cerebro... Cuántas veces soñé, en mis desesperaciones, con la revolución que castigara a los malvados, en la hora de la redención y de la libertad de los oprimidos. Comulgué con todos los ideales socialistas pero sin querer ser nunca un igualitario. Mi aristocratismo mental se irrita con la incultura del pueblo tanto o más que con la vista de un cerdo de oro o un rico reproductor del Devonshire. Sin embargo, Tolstoy me encendía apaciblemente,

Ferri me fortificaba y el príncipe Kropotkine me mostraba el camino, la verdad y otra vida. Mis escritos comenzaron desde luego a reflejar la evolución de mi espíritu hacia los ideales del más puro cristianismo; y desde esos días, por debajo de todos mis versos, como el puro hilo de agua subterránea corre en su lecho pétreo, palpita y vive un cristalino misticismo artístico, mío personalmente en mí. La unción mística de todas mis obras literarias nace de mi amor a los pobres y a los oprimidos, de la visión desconsoladora de sus sufrimientos y lacerias. No ha habido pues influencia de escritor o poeta alguno en tal sentido cristiano y artístico.

Cabrera Guerra, el prologuista de mi obra primigenia, se equivocaba, pues, grandemente cuando aseveraba con tono dogmático que el argentino Lugones había influido en mi poesía humanitaria. No ha faltado después un tonto para que haya tenido eco esta falsedad; desde aquel entonces no ha saltado un pato del aguachirle nacional que, envidiándome, la haya repetido en son de escarnio. Este último castañeteo no me ha molestado en lo menor. Aquí puedo decir solamente, con todo rigor de verdad, que jamás he imitado a otro poeta y que la única influencia que ha habido en mí ha sido la de Rubén Darío; pero nada más que en mis mocedades líricas. Tan cierto es ésto que yo desafío al más desatentado de mis émulos o al más ruin de los envidiosos, a hacer una expurgación en todos mis versos que he publicado, y a que muestre que he volado en ajeno Pegaso.

De modo, pues, que desde este año 1898 datan mis trabajos en pro de los menesterosos y contra las injusticias sociales. Visité fábricas, talleres, suburbios, cárceles, hospitales, todos los lugares de horror, dolor y muerte, y en vez de sentirme anonadado ante el convencimiento de mi impotencia y de la inutilidad de mis clamores, pedí justicia en prosa y verso, en la prensa y en los comicios públicos. Soñaba con hacerme oír, quise—¡oh locura!—ser como un profeta y alcanzar así la inmortalidad de la fama. El amor a las clases obreras y proletarias tuvo entonces en *La Ley* una voz constante, la voz de una campana do-

lorida, ora tocando piedad, ora tocando rebato. Y esa voz era la mía, que se quejaba por las propias y ajenas angustias, y clamaba en el desierto.

Mi prosa se modifica en un sentido notable: es ágil, nerviosa, satírica y mordaz en artículos de temas políticos; casi bíblica en otros de tendencias sociales y trascendentales. En estos últimos el lirismo ponía una suavidad piadosa o un cambiante de moaré a la amargura de mis frases revolucionarias y dolorosas. Viento de tempestad y de indignación sopla por ahí, y también de castigo y de venganza. Hoy, al recorrer mis centenares de apóstrofes y clamores me conmuevo y me admiro de mí mismo, y me extraño de no haber muerto en aquel tiempo apedreado como San Esteban, vaya por caso. Adquirí cierto prestigio en la camaradería periodística, entonces; pero no lograba derrumbar del todo la muralla maciza que oponían a mi manera lírica mis compañeros. Aplaudí a Dublé Urrutia y a otro, y no encontré correspondencia en ningún ánimo gentil o caballeresco. —Escribe muy bien en prosa—decía de mí un tonto grave—pero en verso no se le entiende.—De propósito hice artículos de un crudo naturalismo; de los cuales hoy no me arrepiento. No fui jamás hipócrita; aunque conocí después a muchos que mientras predicaban la moralidad y el decoro, en la plaza pública, vivían sumergidos en la crápula y el vicio.

Una profesión de fe lírica hacía yo cada vez más acentuada en cuanto yo escribía. En una alabanza a uno de mis amigos estampaba, así al desgaire y contestando por adelantado observaciones futuras: «¡Y qué! El poeta no puede limitarse única y exclusivamente a cantar las bellezas ubérrimas de la naturaleza; tiene que predicar la justicia sobre la tierra, la reivindicación de los derechos de los pobres y de los buenos, la liberación de los oprimidos; porque él es un sacerdote de paz y de justicia, el sembrador evangélico de la buena simiente que dará sus sacrosantos frutos de bendición en tiempos no lejanos, sin que sea menester para ello que sea regada con la sangre en el exterminio de las bombas, ni alumbrada por la maldita luz de las antorchas que tienen una lengua de incendio...» Quiero ci-

tar tan solo lo anterior para que se vea como ya en los campos de mi reino interior se está preparando la que ha de ser después la humanitaria y misericordiosa, «La Floresta de los leones».

Al mismo tiempo defendía yo la Enseñanza del Estado, que entonces estaba amenazada de muerte. La Universidad Nacional, el Consejo de Instrucción Pública, los liceos, las escuelas normales, el profesorado, tuvieron en mí su más abnegado defensor. Los Ministros complacientes con la reacción fueron vigorosamente impugnados por mí. Y no hago aquí caudal de todo ello en espera de recompensa, sino únicamente para que quede constancia de que he sido, en medio de todas las contrariedades de la vida, un factor, aunque humilde, nunca de mínima cuantía, en el mantenimiento y en la evolución de la cultura liberal de la República, precisamente cuando la reacción pedía, y estuvo a pique de conseguirlo, la supresión de los liceos y su reemplazo por las lidias de toros, como afirmaba el ilustre sociólogo don Valentín Letelier. Hubo un Ministro de Instrucción Pública, liberal, que quería junto a cada escuela una iglesia. Hoy yo pediría lo mismo. Pero desde aquel tiempo se aumentó el presupuesto del culto, para la fábrica de templos.

La recompensa por tal defensa de la cultura la recibía yo abundantemente en centenares de cartas y telegramas de aprobación y felicitación. Qué más? Quedaba contento y ya no me importaban un ardite los ataques, muchas veces groseros, de la baja prensa reaccionaria... Y, con todo, hay de estos días versos sentidos y tristes, fiel reflejo de mis angustias, no publicado en ninguno de mis libros anteriores. Son de entonces:

INSULARES

—Hijo mío... ¡Pobre niño!
Vas a marchar de mi lado.
Guarda tu alma como armiño,
como armiño inmaculado.

El alma es un ángel. Sus galas
enloda una falta leve.

Mira: son blancas sus alas
como la espuma y la nieve.

Lleva la virtud por norma,
la dignidad por ejemplo.
Es la virtud quien transforma
la conciencia en santo templo.

Siempre altivo, siempre honrado;
no des incienso a los hombres;
humilde, mas no menguado;
si te burlan no te asombres.

Cruza el mundo a la ventura.
Dios alumbre tu sendero...
Si ha de ser tu vida impura,
yo cadáver te prefiero.

* * *

Juro por Dios que me ha visto
cruzar el desierto yermo,
y con mi cruz como Cristo,
débil, exangüe y enfermo,
que he seguido los consejos
de mi santa madrecita
que he dejado allá tan lejos,
allá en la Isla bendita...

Y mientras triunfa el protervo
solo yo no fuerzo el rumbo.
¡Siempre altivo, nunca siervo!
¡Bien! ¡Dios mío! ¡Ya sucumbo!

Frente a esta sencillez sentimental, publicaba otros, como «Las Neblinas en Marcha», que están en «Campo Lírico», y que provocaban el ridículo de mis mismos compañeros de «La Ley». Después, el vuelo desplegado, no he oído, debajo de la esplendidez del sol, la vacua vocería graznadora.

¿Que ésto es inmodestia?... Es esta verdadera modestia una cualidad soberbia de la cual están dotados los espíritus superiores en su fortaleza de seres superiores, o no vulgares. Figúremonos una especie de dalmática transparente que a manera de gasa sirve para suavizar, no para ocultar, el resplandor majestuoso de la pedrería de una clámide de rey o de caudillo, de guerrero o de cruzado, coraza o defensa, para que la pedrería refulgente no irrite ni ciegue la mirada del que va al lado tuyo, a la siga tuya. En un momento dado puedes quitarte la gasa para que la pedrería dé su puro resplandor, y verás cómo las pupilas mediocres irritadas te exigirán con fieros modos, por el dolor de la envidia, que vuelvas a ponerte, no gasa, sino una caparazón de curtiduría o de alcornoque, y te gritarán que no debes lucir así no más, sin que ellos consientan, el inocente resplandor. Y mira, en seguida, lo que hacen ellos, los que no tienen ni una perla que mostrar: aparentan encenderse e inflamarse en fuegos fatuos; y en la misma mezquindad del pantano en que nacen las luces pestilentes, se encogen, se amenguan y aparentan un pudor desvergonzado en su flaqueza, y encogiéndose y estirándose dicen a la joya soberana que fué pulida, abriantada por los dioses en el corazón del planeta:— ¡Tú debes imitarme; no debes tener la insolencia de tu brillo, del sol delante, sino esperar la noche, la desolada noche sin estrellas! Mientras estés aquí abajo procura que aunque seas estrella, no seas el diamante que está arriba.—Es realmente una desgracia el brillo de la estrella.

No hay, pues, que confundir la excelsitud del don orgulloso con un caparazón de tortuga. Esta es la modestia de los más; la caparazón que oculta una ruindad o un arrastramiento. Puede ser la triple cualidad de los patos que son de los tres elementos, tierra, agua y aire, y en los tres son miserables, miséri-

mos. Tengamos la seguridad de que las aves domésticas y rastrojeras declararían que el águila o el cóndor son demasiado insolentes en su inmodestia de atreverse a volar tan cerca del sol: debían ser iguales a ellas, las modestísimas aves de corral. ¡Qué despreciable es el grito ansarino:

—El cóndor es soberbio. ¡Odiémosle! ¡El cóndor debe tener la modestia, la admirable modestia del anadón!

Carlos Acuña

Motivos de la espiga

LAS ESPIGAS VERDES



TRAS de los cercados, cada espiga verde es una divina promesa de mies: se yergue bizarra, si el viento la muerde, mas con la luna es humilde a la vez.

Amo estas espigas esbeltas; se pierde la vista en millares: del campo un pavés... Son así tan jóvenes para que recuerde que mi juventud va a la madurez.

Estas cañas ágiles que anuncian el grano como nuestras vidas, no otra cosa son: de la primavera sólo hasta el verano

dura, bajo el cielo, su alegre canción.
¿Después? Corre el tiempo, y una torva mano las desgrana en lágrimas como a un corazón.

LA ESPIGA DE LA SIEGA

Tiempo era de la siega
y dejaste morirse las espigas:
se desgranaron todas en la tierra.
Yo me quedé perdido
como un labriego ávido ante el surco.
Vino el viento y la lluvia,
y lo deshizo todo:
ni una semilla en flores se ha cuajado.
El tiempo
rasó la sementera.

Alguna vez asciende
un vilano del cardo, y sube, y sube
como una araña blanca...
Yo, encorvado en la tierra,
sé que habrá de caer en otro surco;
mas no será aquel grano de la espiga
bella y dorada de mi amor; tan sólo
un sueño de aquel sueño...
¡Tú las dejaste todas desgranarse:
espigas del amor que hiciste estéril!

Hagiografía

BEATAS, mendigos y hechiceras. Quiero pintar ahora las figuras simples o grotescas de mi antigua hagiografía infantil: los seres que me hicieron reír o pensar en las historias que se cuentan de los santos, y pasaron delante de mí caracterizados y distintos, como las máscaras en un carnaval.

Pero en esto como luego lo veréis, también hay tragedia. En Rosario, la Iluminada, que presentía las muertes y las desgracias, en el inesperado fin de Vicentico, El Apóstol, y de la Negra Osa.

ROSARIO, LA ILUMINADA

De Rosario, la Iluminada, oí decir un día al abuelo que nunca había conocido hombre. Esto era en labios de una persona como el abuelo tan apegado a las realidades, la mayor alabanza de la virtud.

Gozaba de mucho crédito y consideración en la casa desde que un día, cuando la revolución del 99, había anunciado la muerte de mi tío Benjamín, en el preciso momento en que éste caía herido de un balazo en el pecho, en la batalla de San Pedro de los Guamos.

La familia se había refugiado entonces en la hacienda del Palotal para poner en guarda sus cosechas y animales de las bandas de forajidos que bajo el nombre simulado de «comisio-

nes» del Gobierno o de la Revolución, recorrían los campos atraillando las reses y caballos que conseguían y saqueando los graneros. Mi abuelo con su pandilla de peones armados de máuseres y machetes defendía su finca, y la gran casa de la hacienda era como un castillo feudal a donde acudían los conuqueros pobres de las inmediaciones a esconder sus pequeñas cosechas de trigo o de maíz. Con la impetuosidad de sus veinticinco años, el tío Benjamín militaba en la revolución, y cada tanto tiempo llegaba hasta la casa un «propio» venido del llano o de la cordillera, después de ocho o diez días de marcha, trayendo la noticia de un nuevo triunfo liberal.

Aquel día se asaba en el patio de la hacienda una ternera: se les convidaba a los peones, se vaciaban unas cuantas damajuanas de aguardiente de caña, y mi abuelo disparaba al aire una docena de veces su seguro winchester.

Esto hacían los hombres: las mujeres entretanto refugiadas en los patios interiores de la casa rezaban una novena, la de San Expedito o Santa Brígida, abogados en las grandes tribulaciones, o preparaban en la gran cocina de campana las salazones de chivo o de cordero para los tiempos de escasez. Cuando llega la estación lluviosa y se interrumpen las comunicaciones y se derrumban los caminos y caen los puentes, y la hacienda parece una isla inaccesible, en medio del río desbordado y azotada por la lluvia y la tempestad.

Para que acompañara a las «niñas» —las niñas eran mis tías— habían llevado de la ciudad a Rosario, la Iluminada. Educada en el Convento de las Clarisas no se había hecho religiosa porque en la época de tomar el velo le asaltaron no sé qué escrúpulos de conciencia, pero aprendió con las monjas todas esas artes sutiles que se aprenden en los viejos conventos, lejos del mundo: los finos bordados de hilo y de seda que llevan los paños de altar, los alfajores y las tortas que le gustan al señor Obispo, el rosario de quince casas y la radiante oración del Magnificat: «Magnifica mi alma al Señor y mi espíritu se regocija en Dios, mi Salvador, porque puso sus ojos en la humildad de su sierva.»

En la hacienda cumplía su apostolado sencillo quemando palma bendita y rezando el trisagio en las noches de tempestad, repartiendo la comida de los peones, llevando la divina palabra a las almas toscas y oscuras de los campesinos. Averiguaba quienes entre los colonos vivían en concubinato y se ofrecía para coser las camisas del hombre y los vestidos de la mujer, si éstos se casaban. Era amiga del párroco de la aldea más próxima: lo había ganado para su causa con varias fuentes de «suspiros», y conseguía con él que eximiera a los contrayentes del pago de los derechos nupciales. Los Domingos reunía en uno de los patios de la casa a toda la chiquillería zaparrastrosa de la hacienda: les enseñaba el catecismo en el librito del Padre Ripalda, y era curioso oír a los muchachos que le respondían al pie de la letra y como si hablaran con el sacerdote imaginario del Catecismo:

—Decidme, niños, ¿sois cristianos?

—Sí, padre, por la gracia de Dios.

—¿Qué cosa es envidia?

—Es, padre, la tristeza del bien ajeno.

El buen abuelo volteriano la dejaba hacer: apenas alguna vez le dirigía una broma gruesa que ella esquivaba sonriendo; para el abuelo, que en su lucha con los hombres y la naturaleza poseía el secreto del mundo, Rosario era tan buena que nunca había conocido hombre.

Y en esa cruda definición había más justicia, más alabanza, mayor experiencia de la vida que en otros abstractos términos de hipócrita virtud.

* * *

Esto lo oí contar en mi infancia.

Ocurrió que mientras ella rezaba en su habitación, llena de imágenes, por los que estaban en la guerra y por el tío Benjamín, la esperanza de la casa, oyó una voz quebrada y dolorida: la voz del tío Benjamín que pedía agua como devorado por una sed ardiente.

Y no supo si soñó, o su imaginación anduvo por entre un campo de cadáveres, y allí le vió tendido en tierra, manando sangre por una gran herida abierta en el pecho.

Dudó en comunicar la visión, cuyo secreto sofocaba su alma sencilla, y lo dijo al abuelo que se burlaba de los presentimientos: para el abuelo, tío Benjamín era de hierro y nada podían contra él los pícaros godos; pero días después un mensajero venido del propio campo de San Pedro de los Guamos trajo una carta enlutada: el abuelo no disparó su winchester como lo hacía cuando le anunciaban un triunfo de su causa, sino ordenó ensillar los caballos que había en la pesebrera, llamó a su mujer y sus hijas y sin decirles nada, las obligó a subir a las cabalgaduras.

Al abuelo no se le preguntaba ni se le discutía.

Ya en la ciudad, y como si hubiera ocurrido hacía mucho tiempo, les dió la noticia.

—No griten, mujeres, que para algo debe servirles la religión. En cuanto a mí he dejado la hacienda abandonada a merced de los que quieran robarla, porque desde que falta él nada me interesa.

* * *

Desde entonces Rosario, la Iluminada, gozó de mucha consideración en la casa. Ya el abuelo ensombrecido y hecho más silencioso, no la importunó con sus gruesas bromas.

Devota de San Pascual Bailón, al favor de San Pascual ella atribuía sus presentimientos misteriosos de las muertes y las desgracias que iban a ocurrir en la familia.

Cuando alguien iba a morir, San Pascual tocaba tres veces en su habitación, en la noche, tres toques inconfundibles. Y le venía entonces el recuerdo de alguno que estaba próximo o lejano: se presentaba a la casa a averiguar por la salud de un pariente olvidado, de quien hacía mucho tiempo no se tenían noticias. Alguna vez coincidió su visita con el recibo de una carta o un telegrama que no se esperaban.

En cierta ocasión le preguntó el abuelo:

—¿Y ese santo desocupado, todavía no le pronostica mi muerte?

—Aún nada me ha dicho San Pascual, don Pedro, pero su cuenta es larga y sería bueno que ya se confesara.

Y el abuelo a quien las desgracias hicieron dócil, que no creía en nada, pero que contra nada se atrevía ya a luchar, mandó llamar a un viejo cura amigo y liberal. Bebieron juntos en el escritorio del abuelo varias copas de vino: recordaron su causa política entonces vencida y sin esperanza; hablaron del tiempo pasado y de la muerte que se acerca y se despidieron después de dos horas con el abrazo cordial de dos camaradas.

La abuela y las tías cargaron al haber de santidad de Rosario, la confesión del abuelo.

San Pascual—fiel amigo—no podía menos que anunciar a Rosario, la Iluminada, su propia muerte. Una tarde llegó a despedirse de la abuela y las tías y a darles las gracias, sonriendo, por toda la caridad que le hicieron. Se le invitó a merendar y contó que San Pascual tocaba ahora a su puerta todas las noches. Pero ella estaba tranquila: había hecho confesión general y no se desprendía del cordón del Carmen.

Cuando se despidió le dijo a la abuela:

—Hasta la otra vida, doña Lucía.

La abuela le respondió que volviera a merendar muy pronto.

Pero una semana después entre los estandartes de tres cofradías—el blanco de San Pascual, el rojo de San Miguel Arcángel, el violeta de la Cofradía del Carmen—llevaron al Cementerio a Rosario, la Iluminada.

El abuelo repitió por una vez más su clásico y castizo elogio:—Era tan buena que no había conocido hombre.

VICENTICO

Vicentico era el undécimo entre los apóstoles a quienes el señor Obispo lavaba los pies en la ceremonia del Jueves Santo. Otros príncipes de la Iglesia para celebrar este acto evangélico

del lavatorio, elegían doce niños de la buena y rica sociedad que llegaban muy limpios y paquetes y perfumados por sus madres y cuyos rosados piecitos no desmerecían en la gran jofaina de oro, pero este señor Obispo tenía de su misión un concepto más rígido: pensaba que Cristo no buscó sus doce discípulos entre los niños de la aristocracia sino entre hombres humildes y maduros, ya heridos por el dolor de vivir, cuya única riqueza era la de sus vestidos rasgados y la del cielo azul de Judea. Y a pesar de las protestas del Deán y Cabildo que argumentaban que no había tradición para el lavatorio de un Jueves Santo, este Obispo sencillito entró a la Catedral conduciendo sus doce apóstoles: doce pordioseros, doce pobres hombres ridículos conocidos en la ciudad por las máscaras de sus caras, sus defectos físicos, los cómicos apodos con que los designaban los muchachos. Para que se presentaran dignamente a la ceremonia el señor Obispo les había costado el valor de un baño caliente, un traje pobre pero limpio, y las más vistosas alpargatas que usaran jamás. El cristiano simbolismo del señor Obispo comparaba estas alpargatas con las evangélicas sandalias de Pedro y de Andrés.

Desde entonces «los apóstoles» formaron una verdadera institución en la ciudad. Estos hombres desamparados que iban de casa en casa pidiendo la limosna, descubrieron un motivo noble para vivir: ya les había besado sus pies el señor Obispo y cada uno de ellos representaba a uno de los discípulos de Cristo. Como en toda congregación humana predominan los más fuertes, el Decanato de la sociedad y el imperioso papel de San Pedro lo había tomado para sí un mendigo apodado «El Tigre», por su cara manchada como la piel de un felino y porque defendía sus prerrogativas con un nudoso bastón.

Pero ya cuando los muchachos en calles y plazas le gritaban: ¡El Tigre!, como poseído de su papel superior no hacía caso: sonreía desdeñosamente y miraba de alto a bajo como si hablaran de otra persona. Ahora se llamaba San Pedro.

* * *

Vicentico, pequeño como un enano, con unos ojos diminutos, movibles y risueños de ardilla, un bigote que parecía pegado con goma sobre la boca para hacer reír, representaba a uno de esos apóstoles mansos, todo humildad y espontánea ternura, como San Juan. Él no discutía prerrogativas y estaba satisfecho con su undécimo lugar que graciosamente le había acordado el señor Obispo. Obedecía a San Pedro en cuanto las órdenes de San Pedro no eran arbitrarias porque éste se embriagaba algunas veces y quería atropellar la congregación. Pero Vicentico apenas tenía ánimos para protestar: sólo en casa de algunas de las señoras a donde iba a pedir limosna solía explayarse y contar los desmanes de San Pedro, que, ¡horror de horrores!, con el dinero y la comida que le daban en las casas cristianas, mantenía una concubina. La coja Inés, una mendiga alta y flaca que engañaba con su cara pálida de anémica, su pañolón verdoso anudado al cuello y su voz lastimera de persona inocente. Mas en un momento de peligro en que fuera preciso tener una discusión con el Decano, hubiera salvado a Vicentico su cuerpo pequeño, su facilidad para escabullirse y su zalamera e irresistible cortesía. A veces los otros mendigos jugaban con él: lo levantaban en peso y lo peloteaban en el aire y él se dejaba hacer muy complacido.

Por lo demás gozaba de un privilegio que envidiaban sus compañeros: mientras éstos vivían en las afueras de la ciudad, en ranchos horribles o entre la algarabía de las casas de vecindad, el señor Obispo había acordado a Vicentico el permiso de vivir en el último piso del campanario, en un cuartucho desde cuyo alto agujero los seres y las cosas se veían pequeñitos. Y Vicentico, provisto de una intuitiva ironía, gustaba de asomarse a su torre algunas tardes, cuando bajo los pórticos de la Catedral los mendigos esperan a los señores Canónigos que salen de los ejercicios del Coro y que siempre les hacen merced...

Así viviendo en el campanario, Vicentico servía de ayudante ad-honorem al campanero: le ayudaba a tocar los dobles y las vísperas, y en pascuas y aguinaldos—por dormir poco y tener tan próximas las campanas—despertaba a la ciudad con estrepitosos repiques en alta madrugada.

Fuera de estos cuidados, su principal preocupación durante todo el año era prepararse decorosamente para aquel gran día del Jueves Santo en que cerca del presbiterio, seguido de tres acólitos que le llevaban una jarra y una jofaina de oro y un paño de fina seda, Su Ilustrísima le lavaba y besaba los pies. ¡Cómo pintar el místico anonadamiento que le producía aquel beso y la suavísima fricción del paño de seda sobre su dura piel y la salida triunfal de los doce apóstoles, de a dos en fila, por la puerta ancha de la Catedral, después de concluída la ceremonia!

Su Ilustrísima les invitaba a almorzar aquel día en el Palacio, les servían una mesa que simbolizaba la mesa de la Cena y ellos que individualmente se llamaban «El Tigre», Vicentico, el cabeza chata, aquel día eran San Pedro, San Andrés, San Juan. En la ciudad todos señalaban a los apóstoles. No necesitaban pedir limosna aquel día porque espontáneamente todos les daban.

Favorecido con la ropavejería de las ricas casas, Vicentico guardaba para entonces un chaqué del año 98, una corbata de plastrón de esas que necesitaban todo un juego de cerrajería de resortes y hebillas para colocarse y un chaleco de seda que luciera en un baile un romántico doncel veinte años antes. En su tenida podría emprenderse un estudio comparativo de la historia y la geografía de las modas.

* * *

Jueves Santo.

El señor Obispo fué más pródigo que otros años, y les ofreció un nada evangélico almuerzo rociado con abundante vino.

El Prelado miraba comer a sus criaturas que, olvidadas del papel que representaban, la emprendían contra las viandas como si quisieran compensarse de doce meses de hambre.

Quien bebía y comía más era San Pedro, por otro nombre El Tigre, que como Príncipe de los Apóstoles disponía a su leal arbitrio de una jarra de rojo vino.

El Tigre tenía motivos para querellarse con Vicentico porque corrían para él tiempos malos: se había presentado a la festividad más andrajoso que los otros, porque el púdico Vicentico había divulgado en las casas cristianas su concubinato con la Coja, y ahora a donde iba, a más de negarle la limosna, le imponían una lección de moral. Se permitían instruirle a él, el Decano, de los deberes de los apóstoles. Le oponían como ejemplo a ese insignificante Vicentico.

Vicentico entretanto lucía chaqué, chaleco de seda, corbata de plastrón y ¡desafío inaudito! hasta una cadena de níquel atravesada sobre un bolsillo del chaleco.

Ya en la mesa, El Tigre aludió con la autoridad de sus años, de su porte y de su investidura a ciertos hipócritas que hablando bajito van a las casas a malponer a sus compañeros para ganar la limosna que se destina a éstos. ¡Cómo si cada quien no tuviera la responsabilidad de sus propios pecados!

Pero como terminara el almuerzo y se excitaran demasiado, un acólito del Obispo los conminó a irse para que no turbaran la santidad del Palacio.

Salieron a la calle: cada uno de los apóstoles tomó un camino distinto y esta era la oportunidad que acechaba El Tigre para acercarse a Vicentico.

La calle estaba desierta y apenas sobre la acera proyectaba la catedral la sombra de sus puertas entornadas por el duelo de la Iglesia, y se oía a lo lejos el ronco son de una matraca.

Era en ese momento la agonía de Cristo.

Vicentico quiso irse e insinuó como despedida una de esas sonrisas y cortesías con que evadiera el peligro otras veces:

—Hasta luego, hermano, y que le hagan mucha merced.

Pero ya El Tigre estaba alerta con sus ojos rojos de vino y envidia:

—¡Intrigante, chismoso, a ver si ahora me las pagas todas!

—y se le abalanzó al cuello inmovilizándolo.

Brillaban ante los ojos de El Tigre como prendas de culpabilidad la gran corbata de plastrón y la cadena de níquel de Vicentico.

¿Qué esperaba de la vida, tan absurda para él, con su cara manchada, su miseria y el amor de La Coja, aquella mujer repugnante?

Entre los pliegues de la camisa llevaba escondida una navaja.

Y sin pensar, rápido, como si la enterrara en su vida absurda, la clavó en el inerme cuerpo de Vicentico.

Vicentico cayó de espaldas hecho una sola pelota sanguinolenta. Su corbata era ahora de púrpura y el viejo chaleco de seda lleno de salpicaduras simulaba un fabuloso chaleco de fantasía.

Desde entonces se disolvió la Congregación de los Apóstoles: en la ceremonia del lavatorio, doce niñitos de la buena sociedad, limpios y perfumados, representaron a los discípulos de Cristo.

LA NEGRA OSA, MUJER DEL INGLÉS

Había caído entre aquellas gentes candorosas de la sierra que no han visto nunca el mar, ni la agitación de los puertos ni la malicia de las grandes ciudades, como una mensajera del misterio sabiendo leer el destino en las cartas de la baraja y conjurar los aijos y sortilegios que hacen las malas personas.

Esto abría para ella las huchas de aquellos montañeses sordidos que le pedían talismanes para que a los niños salieran los dientes con facilidad, o brevajes hechos de yerbas que sólo ella conocía, que había que cortar en el campo bajo la luna menguante para que adquirieran virtud mágica. Médica, bruja, hechicera, todo era en el pueblo la Negra Osa.

La apodaban así por semejarse en su corpulencia, su rostro de mulata, su pelo desgredado y las grandes ajorcas tintineantes que llevaba en los brazos, con la osa negra que Maese Nicola, el italiano, exhibía y hacía danzar en la plaza pública.

Pero tenía su leyenda, cosa que entre aquellos montañeses sin imaginación y sin aventura se aprecia entre todo. Decían que en su juventud, en un puerto de la costa, se había enamorado de ella y la había hecho su amante uno de estos ingleses que en las ciudades tropicales sienten la atracción exótica, tan picante y tan viva como la de las especias de Oriente para los navegantes del siglo XVI, de las mulatas de ojos negros y encendidos cuyos cuerpos fuertes y oscuros, la boca grande y carnosa como la corteza de un higo y el pelo áspero, abundante y lustroso, invita a los hombres rubios como un viaje a un país bárbaro donde imperaran la eterna desnudez y el calor eterno. Pero agotan el clima y el amor de las mulatas a estos hombres flemáticos: nunca pueden civilizarlas porque ellas siempre se escapan como animales monteses; el pobre inglés pagará su curiosidad con una mujer indócil que nunca aprende el confort y el orden de la casa y que en los momentos más serios—aquellos que un inglés no puede considerar sino muy en serio—aparece saltando como una cabra salvaje y riendo, riendo tanto hasta mostrar toda la dentadura. Esas dentaduras blancas, parejas y firmes y maravillosas de las negras.

De la aventura con el inglés, que su fealdad de ahora hacía considerar inverosímil, quedábanle a la Negra Osa algunas de esas sortijas de piedras rojas o azules que aprecian tanto las mulatas y aquella cantinela, aquel título de orgullo que sacaba a relucir en todas las conversaciones:

—Cuando mi esposo, el inglés...

Estas historias y su cabalística sabiduría franqueábanle las puertas de todas las casas del pueblo. Los curas no la miraban bien porque les hacía la competencia propagando otros procedimientos distintos de la devoción y las ofrendas a los santos, para ganarse la voluntad de las fuerzas invisibles. Y las monedas que no caían en la alcancía de la Virgen del Socorro o San Expedito, iban directas a los bolsillos de la Negra Osa.

Pero ¡cómo se daban por bien servidas las muchachas del pueblo, las que languidecen de soledad y fastidio en aquellos

sombríos caserones provincianos, cuando ella, sacando del seno la mugrienta baraja española, les vaticinaba el destino!

Tomaba en las suyas las manos de la recatada doncella: miraba fijamente con sus grandes ojos de mulata las líneas torcidas y pequeñas que iban de la palma a la muñeca, quedábase absorta como descifrando los jeroglíficos que allí se le ofrecían, y luego con voz melosa, con el tartamudeo de quien recibe el misterio a pequeñas dosis, decía a la cuitada:

—Miro en tu mano, cara bonita, la línea de un próximo sufrimiento amoroso. Pero todo concluirá bien: es caballero rico y formal, montará casa y con el tiempo hasta te llevará a pasear por tierras extranjeras. Acaso sea rubio e inglés como mi difunto.

Otras veces el naipe, la carta que la interesada eligió entre un montón, servía de oráculo, y el as de oro anunciaba las fabulosas herencias de los parientes que viven lejos, las copas alguna fiesta, el caballo de bastos un largo viaje por tierra, y cuando salía el as de espadas eran de mirar las muecas y visajes de la adivina:

—No permita el cielo que se cumplan los pronósticos, porque veo luto en esta casa. El as de espadas está manchado de sangre y se suspende sobre la cabeza de alguno, Yo rezaré porque tal no suceda. Y ahora, Cara Bonita, estoy débil y me vienen los flatos y auxiliáme con lo que puedas.

Y Cara Bonita va a buscarle harina o azúcar, algunas monedas o un traje usado de vivos colores, de los que aprecia tanto la Negra Osa.

Tiene ésta fama de avara: dicen que entierra el dinero que recoge y que guarda todavía tesoros robados al inglés. ¡Cómo se expande la imaginación provinciana hablando de estos tesoros del inglés!

Y la casa de la Negra Osa contribuye a avivar el misterio: vive en despoblado, en una choza cerca del río, donde en la noche se oyen extraños ruidos.

* * *

Para su imprevisto matrimonio con Pedro estuvo buscando auxilios entre las gentes del pueblo la Negra Osa. Y todos, por lo pintoresco de la aventura, porque les dió motivo para reír varias semanas, le dieron dinero o ropas. El matrimonio fué un espectáculo más divertido que las funciones de circo y que los palos engrasados y las cucañas con que se celebran en el pueblo las fiestas patronales. Así dicen que en la ceremonia no faltó a ella ningún detalle decorativo: ni el velo blanco, ni la corona de azahar. Repartía sonrisas a diestra y siniestra, y embriagada de gozo y orgullo no reparó cuando un grupo de muchachos de la calle le gritaron el apodo fatídico: ¡Negra Osa! Pedro iba a su lado con la cara tristemente resignada de uno que condujeran a la horca.

Pedro había sido sirviente en un Convento; tenía fama de correcto y honesto como todo lo que sale de aquellas casas, y ahora, deseoso de adquirir una situación más holgada, hacía de buhonero, y con su cajón de sorpresas—todo a cuarenta centavos—recorría en excursiones de una a dos semanas hasta los más apartados campos y aldeas de la provincia.

Como si fuera preciso explicar tan desproporcionado conubio, la Negra Osa decía en sus visitas a las casas:

—El pobre muchacho empieza a trabajar y necesita de alguien que se duela de él. Que le tenga la ropita de muda remendada y limpia cuando regresa hecho girones, de sus viajes. Además cuenta para aumentar su negocito con los pequeños ahorros que yo pueda darle. Pero yo no le entregaré todo porque a pesar de ser muy buen muchacho, hay por esos campos y pueblos mujeres malas que hechizan a los jóvenes para sacarles el dinero. ¿Quién libra de tentaciones a la juventud?

Y como una madre que no hubiera perdido el ardor de la esposa, así fué ella para Pedro. Todos en el pueblo notaron la transformación de la Negra Osa que ahora iba a la Iglesia y negábase a interpretar el destino.

—Cosas de espíritus que diz están prohibidas—contestaba a quienes se lo requerían.

El pueblo tuvo una bruja y una hechicera menos porque la Negra Osa se dedicaba ahora a vender frituras en el mercado, y las alcancías de la Virgen del Socorro y San Expedito se colmaban de nuevo con las ofrendas metálicas de los devotos.

Estaban satisfechos los señores curas.

Habían vuelto la religión y la piedad a aquel pueblo dejado tanto tiempo por la mano de Dios.

• • •

Coincidió con uno de los viajes que Pedro hacía a los campos a vender su quincalla.

Pero no era posible dudar de Pedro.

Cuando la encontraron inmóvil en su camastro tendría por lo menos dos días de estar abandonada allí.

El estómago se inflaba monstruoso hasta levantar las ropas, la cara había quedado fijada en una horrible contorsión final y sobre los labios se acumulaba una saliva verduzca.

Negra y desmelenada, parecía una fiera que el cazador mata-
ra en el bosque. Nunca le convino mejor su apodo de Negra Osa.

Dijeron que había sido envenenada y como si el móvil del crimen fuera el robo, en la habitación se veían ladrillos removidos y agujeros en la pared.

No se halló nada de dinero.

En un viejo baúl claveteado encontraron objetos que supusieron de brujería; pelos y cerda de animales, haces de yerbas, huesos y un frasco de un aceite espeso y hediondo. Un perito opinó que era aceite de tortuga.

De Pedro, el buhonero, no se supo más.

Manuel Rojas

tonada del transeunte

MARCHO hacia adentro por las calles
el corazón ligero oh álamo de otoño
el viento mueve las hojas amarillas
con mis pasos que van de la vida a la muerte
perspectivas azules sobre los hombros de los rascacielos armo-
[niosos
donde caen las naranjas calientes de la tarde
la muchedumbre festonea de negro y rosa las aceras paralelas
y en su orilla oscila mi sombra fugitiva y constante
gira un momento en el espacio el canto de ojos húmedos
el canto hinchado por la savia de mil raíces musicales
y asciende por encima de las azoteas grises
oh zumbido que subes anillado con el vaho ardiente de los
[cuerpos
atravesadas por gritos agudos y jadeos profundos de automó-
[viles
las calles marchan conmigo en sentido contrario
mientras mis ojos palpan el rostro familiar de las casas
se va la tarde de pies rosados y camino sobre sus mariposas
[muertas
sombra trémula animada por el ansia del canto
siguiendo el ritmo sencillo e inexplicable de la estrella

zona de sombra

PERO mi alma busca un espacio libre para su salto mortal
y huye multiplicada en las vidrieras que la absorben
mezclándola a la vida física de la ciudad
en el fondo de sus espejos infinitos
restalla tu látigo alegría frenética de evadirse
desorganizada danza sobre los terciopelos
su danza jovial libre sin conceptos anteriores
resbala sobre los vidrios de los automóviles en marcha
sube hasta donde corren los vientos que traen la noche en sus
[trapecios
y desciende zumbando como una piedra en el aire caliente
libértate gira oh alma en tu espiral de espacio
afirmado en las paredes mi canto de hombre te acompaña
con su acordeón agujereado y triste

zona de luz

A HORA soy un canto organizado
el pecho profundo y armonioso
que viene desde las primeras mañanas del mundo
con los bolsillos llenos de canciones
y no termino en esta cabeza hirsuta
ni en estos pies que han andado por rutas innumerables
mi piel embebe la luz como las hojas
mientras mis raíces chupan la humedad fresca de la tierra
tú que me ves pasar no podrías decir aquel hombre era así
dentro de mí camina el tiempo con sus zapatos embarrados
y la vida se filtra como agua lenta a través de ferrones
hijo del hombre con un andar firme de oso
dispuesto al asalto en la atmósfera inmóvil del espíritu
ciudad marchó inclinado sobre tu corazón

plano

LA noche avanza entre linternas rojas
y por la lona de su tienda resbalan los pájaros perdidos
las mujeres como varas floridas ante mi celda cuadrada
perfuman sus altas paredes desnudas
pero un rostro lejano y puro palpita en el cielo anochecido
y sueña conmigo en los puertos solitarios del sur
mi canción y mis pasos han perdido su sentido
y vacilan en el vértice de las rutas horizontales
la respiración de la ciudad ensancha los pulmones azules del
[mundo
por qué transito por este camino desconocido oh alma
las palabras se desvanecen en la sombra
vertical

Hombres, ideas y libros

Hacia una Universidad nueva

RECIENTES hechos han puesto de actualidad—una vez más—el intrincado problema de la reforma universitaria. Como siempre, una comisión de Gobierno ha sido convocada para ocuparse de los diversos aspectos de este asunto. Mientras se busca un camino, no será inoportuno referirse a un libro que se ocupa del problema con suma lucidez y con un sobresaliente acopio de experiencias. Dicho libro es «La Universidad nueva», obra del decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Plata, doctor don Alfredo L. Palacios.

Comprende la obra de Palacios una primera parte histórica, una segunda en que se nos define la Universidad nueva, según diversos tratadistas y según la experiencia puesta en práctica en la Argentina, y una tercera que se relaciona con la función social de la Universidad, y más estrictamente con la actuación del doctor Palacios al frente de la Facultad de Derecho de La Plata. Tiene el prestigioso luchador argentino una personalidad demasiado fuerte para que en sus libros ella se oculte tras los hechos y las ideas. Sus libros no pueden ser objetivos, aun cuando tengan motivos científicos, como vemos en este caso. A lo largo de toda esta obra, y especialmente en la parte final a que hemos aludido, las iniciativas del decano aparecen reflejadas con eficaz relieve. El lector que quiera formarse una idea más o menos cabal de la reforma universitaria argentina deberá olvidar un poco las notas demasiado personales, para atender

a lo que más interesa. Y en realidad esto último es mucho en el libro de Palacios, como tentaremos demostrarlo.

Para el autor, la Universidad ha pasado en su país por tres etapas históricas estrechamente vinculadas a la evolución social. La primera es la etapa colonial, típicamente representada por la Universidad de Córdoba, de organización claustral y tan apegada a la iglesia que es más una dependencia de ésta que una institución de estudios. En 1592 los jesuitas fundan la Universidad de Córdoba y la mantienen en estado floreciente y progresivo hasta que, en 1767, son expulsados de los dominios de la corona española. En reemplazo de los discípulos de San Ignacio se hacen cargo de la Universidad los franciscanos. Durante estos primeros años de la vida universitaria la enseñanza es enteramente devota y teológica. Los educandos visten traje talar y dedican a ceremonias del culto y a clases de apologética mucho más tiempo del que dispensan a estudios un poco más profanos. Continúa en esta Universidad, como en muchas otras del mundo, la tradición del Medioevo, que llevó a la ciencia a refugiarse en los conventos, para escapar a las invasiones de los bárbaros. Los frailes son, por aquellos siglos, los únicos individuos que tienen tiempo y ánimo dispuestos para el estudio. Los caballeros viven ocupados del arte de la guerra y de la política, siempre más o menos guerrera. Los pecheros trabajan obscura y obstinadamente sobre la tierra o en el comercio, para arrancar a sus jornadas de esfuerzo el alimento indispensable. Mientras tanto, el fraile lleva una existencia sosegada, ajena casi por entero a las agitaciones del mundo en torno. Sus horas se comparten entre la meditación, los oficios religiosos y el estudio. La astronomía, las bellas letras, la historia, la hagiografía se desarrollan en las comunidades religiosas de la Edad Media con un esplendor sin igual. Mientras los caballeros no saben leer, salvo escasas excepciones, los frailes conocen cuatro o cinco lenguas, hacen versos con entusiasmo digno de mejor objeto y conocen, hasta el detalle más cansador y menudo, los laberintos de la teología, de la filosofía, de la lógica. Los estudios son en aquellos siglos el patrimonio de los

segundones de las familias nobles, que no pueden abrazar, en conformidad al hábito corriente, otra profesión que la religiosa. Así se explica el vínculo extraordinariamente fuerte que liga a la religión con la Universidad, en esa primera etapa de su desarrollo. La Universidad de Córdoba en la Argentina no es sino una de tantas sostenidas por el clero y organizadas en todo de acuerdo con la tradición.

Las siguientes vicisitudes de la institución no logran cambiar el rumbo de su existencia. En 1778 la Universidad pasa, por Real Orden, al clero secular, cambio que no se efectúa, debido a diversos motivos, hasta el año 1807. La revolución de la Independencia tiene más importancia desde el punto de vista universitario. Bajo el poder provincial, desde 1820 hasta 1852, y luego bajo el nacional desde este último año hasta 1864, apenas experimenta la Universidad de Córdoba uno que otro pequeño cambio en su plan de estudios o en su organización. Pero en 1864 Mitre aparece como el renovador más importante de la institución universitaria: el año indicado dicta un nuevo plan de estudios, que consulta muchas y muy importantes reformas, y suprime la Facultad de Teología*. La Universidad entra a la segunda etapa de su vida. Ya no presiden en ella los frailes o los clérigos, por más que en la cordobesa persistan costumbres religiosas en que la tradición de varios siglos de dirección clerical se reconoce de cuerpo entero. La institución cumple con su papel, entonces dominante, de preparar profesionales eficaces. Médicos, abogados, ingenieros, profesores, salen en gran número de sus aulas. Durante cuatro, cinco o seis años han aprendido de memoria muchas nociones generales, muchos principios, muchas doctrinas que luego deberán aplicar en la práctica de su profesión. Los profesores se han formado de la misma manera y continúan una rutina fatigosa. Mal rentados, tratan de cumplir lo más pronto posible con un deber que no les apa-

* Es curioso hacer notar que en Chile, bajo el régimen de separación de la Iglesia y del Estado, la Facultad de Teología subsiste. ¿Cuál es su papel? He aquí un buen tema para alguno de nuestros entusiastas investigadores y recopiladores de datos para la historia.

siona. La lección es puramente oral y hasta tiene un valor de elocuencia. Son los años en que la claridad de la dicción, la elegancia del período, la paradoja brillante y las generalizaciones rápidas ocupan el primer término. Los alumnos también prefieren al profesor que sepa decirles las cosas en forma más florida. Nadie investiga por su cuenta, nadie se ocupa de verificar por sí mismo los fenómenos en que se basan las leyes, nadie deshace para volver a edificar las pacientes construcciones de una sabiduría que se da ya hecha. Contra todo este armazón vetusto debe enderezarse la lucha pro-reforma universitaria. Tal es, en brevísima síntesis, el contenido de la primera parte del libro de Palacios.

En 1916 comienzan a manifestarse los primeros síntomas de inquietud en la población universitaria de diversos establecimientos de la Argentina. La muchachada no sabe de manera bien clara lo que anhela, pero un deseo de cosas nuevas la posee. He aquí la fórmula en que Palacios concreta el rumbo de la forma: «Renovación de métodos en el sentido de que éstos se basen en la observación y el experimento, e impidan así el cultivo de la vulgaridad, la glorificación del lugar común y el verbalismo. La afirmación y el propósito firme de seguir el ritmo de los problemas sociales, adaptando las universidades a las nuevas ideas y haciendo que las verdades puedan servir para aumentar el bienestar de los hombres.» El primer objetivo de la reforma tiene un carácter y un alcance efectivos. Se reemplaza la lección oral, recitada ante el alumno pasivo y aprendida de memoria por éste, por la busca directa de los principios tras los hechos particulares. Como consecuencia, se robustecen los laboratorios y se crean nuevos, se fomenta el funcionamiento de los seminarios y se estimula en toda forma el trabajo personal del alumno, la investigación propia. El profesor cambia su estrado y su cátedra solemne y pedantesca por un sitio junto al alumno en el laboratorio y en el seminario. Lo mismo que el segundo, consulta textos, practica vivisecciones, analiza y estudia al mismo tiempo que enseña. En contacto con la realidad, hace que ella desprenda sin violencias sus

enseñanzas y que directamente éstas se trasmitan al educando. Tal es el resultado de los modernos métodos de enseñanza, por cierto muy distantes del rígido criterio de la disciplina claustral que nuestras autoridades universitarias se han empeñado en hacer reinar, a fuerza de bayonetas y de yataganes, en la Universidad de Chile. El profesor colabora con el alumno en ese régimen de solidaridad estrecha, de comunión en un propósito elevado: descubrir la verdad. No impone al educando sino una dirección experimentada, el buen sentido que da la experiencia mayor. ¿A qué seguir? No pretendemos desmenuzar en sus numerosos detalles estos métodos de enseñanza, revelados a través de la práctica por el doctor Palacios en su voluminoso libro. Sólo queremos indicar los caracteres dominantes de éste.

El doctor Palacios nos describe a continuación el trabajo de los seminarios y sus resultados inmediatos. Al poco tiempo de ser fundados, los alumnos protestaron contra ellos, por la simplísima razón del mayor trabajo, de la iniciativa más personal que demandan. Acostumbrados ya a desempeñar en la sala de clase el papel puramente receptivo de oyentes de discursos más o menos brillantes, el esfuerzo individual del seminario les produjo una irritación poderosa. Sin embargo, nos agrega el autor, cuando se les explicó cuál era el significado de la innovación y cuáles serían sus consecuencias, aceptaron continuar asistiendo a sus cursos. Ahora los seminarios funcionan con toda regularidad y rinden los frutos que de ellos se esperaban. Año por año se incrementan y abarcan un mayor número de materias. Los alumnos sienten ya un placer frecuentándolos y los profesores han demostrado trabajar con más gusto al lado de los jóvenes. Otro aspecto interesante de la reforma ha sido la creación del Laboratorio de Psicofisiología en la Facultad de Derecho. Según el doctor Palacios, este hecho provocó algo así como un escándalo en el ambiente universitario. ¿A qué un laboratorio de esta especie en un organismo dedicado al estudio del Derecho? ¿No sería más propio instalarlo en la Facultad de Medicina? Tales eran las interrogaciones frecuentes, animadas por cierto de un rencor misoneísta y hasta de

alguna animadversión. El autor nos hace conocer entonces algunas interesantes opiniones de jurisconsultos famosos y hombres de ciencia sobre la importancia que tiene el conocimiento de ciencias como la psicología para el estudio del Derecho, y asienta en seguida un principio general: «La psicología es indispensable para el estudio y para la práctica de las jurisprudencia.»

En suma, el libro del doctor Palacios es una obra que tiene un verdadero valor para apreciar los caracteres de la renovación universitaria y para evaluar, como reflejo eficaz de la realidad, los resultados de la misma. Nuestros educadores harán bien en leer este libro lleno de ciencia y basado en una sólida experiencia de varios años.

RAÚL SILVA CASTRO.

Alain. Su arte de vivir, su pensamiento político.

ALAIN, que es en París profesor de filosofía, es uno de los más notables metafísicos franceses del momento: discípulo del ilustre Lagneau, es uno de los que han sostenido en contra de Bergson la supremacía de la inteligencia. Pero se ha preocupado en especial de la moral, y de las aplicaciones de la filosofía a la vida práctica. En un libro sobre *L'esprit et les passions* (Bloch éditeur), ha explicado cómo la purificación y la organización de los conocimientos constituyen una policía de las opiniones, algo como una medicina del espíritu, capaz de hacer sentir su influencia benéfica al mismo cuerpo. En sus *Propos sur le bonheur* (Éditeur Fabre, Nîmes), vuelve a hablar de su policía de las pasiones, demostrando que ellas sólo existen porque nosotros lo creemos. Igualmente, las enfermedades de la imaginación, como la neurastenia, y hasta el dolor físico. El dolor nos lanza inmediatamente en conceptos metafísicos; al punto doloroso, imaginamos un mal, ser fantástico que se ha introducido bajo nuestra piel, y que quisiéramos ahuyentar por obra de brujería. Nos parece inverosímil que un movimiento reglamentado de los músculos borre el dolor, monstruo roedor; pero no hay, por lo general, monstruo roedor alguno, ni nada que se le parezca; esas son malas metáforas. Trate de permanecer largo rato parado en un pie, y constatará que no se precisa un gran cambio de actitud para producir un dolor vivo, ni un gran cambio de actitud para lograr que desaparezca ese dolor. En todos los casos, o casi todos, se trata de inventar cierto baile. Cada uno sabe que es un placer estirar los músculos y bostezar libremente;

pero no se tiene idea de ensayar por gimnasia ese movimiento libertador. Y los que no consiguen el sueño deberían simular las ganas de dormir y la dicha de abandonarse. Pero, al contrario, simulan la impaciencia, la ansiedad, la cólera. Aquí se encuentran las raíces del Orgullo, siempre castigado.

La aplicación más feliz del sistema filosófico de Alain ha sido la estética: en su *Système des Beaux-Arts* (Editado por la Nouvelle Revue Française) nos muestra la imaginación desgraciada en su excesiva libertad, reglamentada, doblegada, vigorizada, por las técnicas artísticas y la solidez de la obra. Sus páginas sobre la Música, el Dibujo, la Prosa, son particularmente admirables.

En el dominio de la política, ese sistema ha concluído en el más total individualismo. No que él se afirme revolucionario, o que él pretenda que se deba jamás rehusar de obedecer, pero, según él, al obedecer siempre es preciso *juzgar* siempre, y basta, para gobernar bien, que el jefe se sienta criticado por la independendencia completa de espíritu de sus súbditos, Alain ha dado por lo demás, personalmente, un notable ejemplo de la aplicación de sus teorías; en 1914 se incorporó voluntariamente al ejército, aunque había ya pasado la edad de ser militar, pero al mismo tiempo publicaba los *Vingt-et un propos d'Alain aux-non-combattants*, en los cuales mostraba la bajeza de las pasiones que arrastran a la guerra:

«Rehuso aborrecer un pueblo entero. Insisto en esta idea poco agradable a los hombres para los cuales la guerra es algo que abre un absceso de furor que los ahogaba. Odio por cierto el despotismo, y ese furor ciego, nacido del absolutismo y de la fatuidad, que empuja en contra nuestra a tantas pobres gentes. Pero a esos hombres que llegan del Norte con espadas y cañones, no necesito odiarlos; bástame combatirlos. Su odio en contra nuestra es una enfermedad que el despotismo ha inoculado a un pueblo entero, y que sanará la libertad. Pero el odio no mata, y si mato yo, el odio es bien inútil.»

Desde la guerra, había publicado ya un libro sobre la guerra: *Mars ou la guerre jugée* (editado por la Nouvelle Revue

Française). Mostraba en él las hipocresías de la guerra, y mostraba que, contra lo que se cree generalmente, el valor de sostener las propias opiniones es más difícil y escaso que el valor guerrero: «No faltan sin embargo las ocasiones de atreverse: atreverse a estimar los verdaderos valores, el espía, tan alto colocado como esté, por lo que es, el mentiroso, por lo que es, el adulator, por lo que es, perdonándoles a todos según la comprensión clara, lo que es aún más peligroso. Pero demasiados guerreros viven de rodillas, y es únicamente en la guerra donde encuentran la ocasión de vivir una o dos veces antes de morir.»

Alain acaba de publicar un libro (editado por Kra), titulado *Le citoyen contre les pouvoirs*, que es una síntesis de su pensamiento político. Vuelve a referirse allí, en una forma nueva, a su crítica del espíritu de guerra, mostrando que el mayor escándalo de la guerra es que el hombre pueda ser olvidado, considerado como una herramienta, como un objeto. Vuelve aún a considerar, según ejemplos recientes, su idea de la necesidad que se tiene de un poder espiritual, formado por las opiniones de hombres sin temor y sin prejuicios, para mantener en sus deberes el poder temporal.

En los que mandan, Alain distingue dos razas: los que él llama los *descuidados* (les *négligents*), que cuidan poco de las apariencias del prestigio, y que se preocupan únicamente, como ingenieros, de resolver y vencer las dificultades que presentan las cosas, y los *importantes* (les *importants*), que no cuidan de las cosas en sí, sino únicamente de los hombres, y quieren que se les obedezca, cueste lo que cueste.

Aplicando por vez primera su sistema a la política económica, Alain nota que en los trabajos de Estado se ha usado a menudo equivocadamente del principio de la utilidad: antes de realizar innovaciones únicamente porque son más provechosas para el consumidor o para el público que el estado de cosas actual, se debería tomar en cuenta el rendimiento, lo que los funcionarios no pueden hacer actualmente por no estar directamente interesados en esas empresas. El rendimiento limita el

perfeccionamiento en las empresas privadas, y hace renunciar hasta a cosas útiles. Por ejemplo, poner un techo sobre las viñas, que se abriera para el sol y se cerrara en contra del granizo, sería útil, pero no de buen rendimiento. Lo mismo un yatch o un Rolls Royce son útiles a cualquiera. Sería pues preciso que el Estado se sometiera a una avaricia de misma categoría que la de los comerciantes, que él compara a una lucha contra la gravedad: «la pérdida está colgada del negociante, y lo tira siempre hacia abajo».

Se ve, por la extensión de sus preocupaciones sociales, que Alain opina, lo mismo que Platón, que el individualismo es la doctrina más útil a la sociedad.

MARCELLE AUCLAIR.

Araquistain en el teatro

AL lado de Azorín, de José Ortega y Gasset, de Ramiro de Maeztu, de Gómez de Baquero y varios otros escritores, Luis Araquistain es uno de los intelectuales españoles de más fornida contextura y más viril fisonomía.

Cerebro enriquecido por una cultura sólida y variada, Araquistain ha vivido en una permanente actividad trabajadora, ofreciendo sin descanso a las prensas artículos y libros de la más diferente condición espiritual.

Es verdaderamente admirable la labor de este esforzado caballero de la pluma. Los más distintos temas han sido objeto de su examen y de sus comentarios; pero en el dilatado conjunto de su obra no se podrían advertir inconsecuencias ni divisar contradicciones. La extensa diversidad de sus tareas exterioriza en la común orientación de los valores, una visible y consistente columna vertebral.

Crítico, novelador y periodista, este escritor no ha podido, con todo, circunscribir su acción a la revista y al volumen. Su dinamismo cerebral es tan intenso y desbordante, que ha debido buscar el camino más directo para llegar a los demás, y ha llevado su pensamiento y su sapiencia al oleaje del teatro. No conforme con la forzada e impasible frialdad de la palabra impresa, ha querido que sus reflexiones y sus inquietudes tomen las formas vivas y ardorosas del diálogo dramático.

Habría fundamento para creer que su primera concepción escénica, estrenada en el Español de Madrid el 21 de Marzo de 1923, fuera algo endeble y balbuciente, toda vez que el teatro es un secreto que no se entrega de una manera fácil; pero no

es así. *Remedios heroicos* es una pieza de maciza envergadura, pieza que acusa en el artífice un conocimiento no pequeño de los resortes teatrales.

Pocos han entrado con paso más seguro que Luis Araquistain en el terreno resbaladizo del arte de Aristófanes. *Remedios heroicos*, en tres actos y en prosa, no parece el primer documento de un autor de teatro, sino el producto lógico de una experiencia prolongada en esta clase de faenas.

Es aquel un drama sobrio, aunque recargado de tintas; un borbotón humano que no podía haber inspirado sino el genio de Ibsen, aquel hombre nebuloso y austero que vivió escudriñando el misterio de las almas.

El mismo Araquistain decía: «Yo me complazco en reconocer aquí mi gran deuda a Ibsen, y sin él *Remedios heroicos* es probable que no hubiera existido nunca o, en todo caso, en forma muy distinta. Siempre me ha parecido pueril negar u ocultar las influencias que colaboran a la formación de la propia personalidad.»

Araquistain ha llegado, pues, al teatro conducido de la mano por el filósofo noruego. No podía haberse presentado mejor acompañado. Y como la de Ibsen, es la suya labor de auscultación y de sondeamiento, labor de disección y raciocinio, labor de análisis y crítica, trabajo de inventario y de severa cirugía.

Remedios heroicos rompe moldes y destroza tradiciones en el nombre del progreso indefinido de la sociedad y de la especie. Según una opinión, es el drama de la «libertad individual». La protagonista, sacudiendo cadenas ancestrales, arrojando la coyunda sacramental del matrimonio, se rebela contra ella, contra sus imposiciones rígidas y consuetudinarias, y se entrega al instinto de la maternidad, dando expansión al ejercicio de un derecho perfectamente natural.

Podrán ser controvertibles las ideas fundamentales de este drama de Luis Araquistain; podrán ser resistidas y duramente condenadas; podrán merecer desdenes y reproches—chocan ellas contra lo establecido y consagrado—; pero no podrá ser discutida ni negada la buena fe del dramaturgo y su ensueño fer-

voroso de perfeccionamiento humano bajo las banderas de la libertad individual.

Todos estos problemas, complejos y abismales, no podrán tener nunca soluciones de aceptación unánime. Cada fórmula de desenlace habrá de contar indefectiblemente con partidarios y con opositores; pero en cualquiera solución que se plantee, hay que aplaudir el anhelo de progreso social que la ha determinado, la inclinación a corregir anomalías retardatarias o nocivas y el propósito de abrir a la corriente de la vida senderos de grandeza y horizontes luminosos.

Y esto es lo que hace más plausible que todo el hondo drama de Luis Araquistain y con ello, el valor con que encara el problema y el afán de arrastrar la caravana de los hombres hacia planos mejores, hacia un ambiente en que todo individuo pueda vivir sin reticencias sus instintos superiores y sus derechos permanentes.

Como es de suponerlo, *Remedios heroicos* resonó cual una aguda clarinada de batalla. La prensa de Madrid comentó extensamente sus premisas y sus sugerencias, y todos los críticos estuvieron acordes en reconocer los méritos del drama. El de «La Voz» decía: «*Remedios heroicos* es, en nuestro concepto, la obra de más fuerza ideológica estrenada de varios años a esta parte», y el crítico de «El Liberal» afirmaba que tal obra presentaba a Araquistain «como una gloriosa realidad de autor dramático, al que seguramente deberemos en no escasa medida y en no lejano plazo, el resurgimiento del teatro nacional, hoy desmayado y envilecido, salvo contadísimas excepciones, en manos tan torpes como pecadoras».

A Araquistain no envanecieron los aplausos, ni ellos le hicieron, por supuesto, desviar su trayectoria. Cualquiera otro habría aprovechado la disposición favorable del público para haberla explotado en beneficio personal. Pero Luis Araquistain no podía dar fines mezquinos a su insigne apostolado.

Durante el año 1924 laboró tranquilamente y sólo el 19 de Mayo de 1925 llevó a las tablas su segunda producción, *El rodeo*, estrenada en la Latina por María Palou.

La influencia de Ibsen sigue evidenciándose, tanto en los procedimientos como en los personajes. De este modo se explica que la crítica opinara en el sentido de que la heroína, «celosa y mujer, tendiendo cautelosamente la trampa de sus ficciones, dando un rodeo atrevido, jugando en el envite su propia vida para descubrir el fondo de las almas de su marido y de su hermana, tiene la altura de una Hedda Gabler».

Como debía serlo, el drama es áspero y lóbrego, un envolvente torbellino de sombras; una negra espiral de tragedia con toda la desesperada y convulsiva rudeza de una lucha sin posible avenimiento.

La presencia de Ibsen está en *El rodeo* llenando sus escenas de intensidad y de tristeza; derramando colores opacos; destejando en el diálogo palabras temblorosas, palpitantes de amarguras y repletas de sollozos.

Grande y robusta es la figura de la protagonista y los diversos sentimientos que pasan por su pecho dan un relieve extraordinario a su personalidad. Ella, su marido y su hermana vienen a ser los tres pilares en que se edifica el drama. Los tres, unidos por lazos de fatalidad, por vínculos de odio, de amor y de egoísmo, son seres que la vida ha de entregar a la vorágine, al choque y a la muerte, porque ¿de qué manera podría resolverse aquel combate ciego por la posesión de un hombre, en que actúan, salidos de cauce, los impulsos de la carne y las pasiones más violentas?

Aquellos personajes están cogidos por la garra de un destino inexorable y tenebroso que los hace inferiores a la espantosa fortaleza de los empujes en acción.

La fatalidad asoma su cabeza en este drama y maneja las figuras, sin que éstas puedan eludirla ni aciertan a sobreponerse. Según el mismo Araquistain, las criaturas de esta obra «no son como vulgarmente se dice, ni malas ni buenas; son sencillamente trágicas, obedientes por ineludible necesidad a la ley de su propia vida, a su más profunda ley moral, y leales a todas sus consecuencias».

Los personajes de *El rodeo* siguen la ruta trazada por su

naturaleza psicológica, sin torcer a la presión de intereses ajenos y sin temor al vilipendio de la tradición o la rutina.

El drama ha sido desenvuelto con toda su crudeza, desnudamente, con un valor y una franqueza que excluyen eufemismos y no admiten circunloquios. La frase es ácida, resuelta, quemante, tal como lo requiere la candente vibración del asunto y la violencia del momento.

El rodeo es un drama de creciente tormenta, hasta que finaliza deshecho en una fiera y luctuosa borrasca pasional.

Y cuando todavía no se borraba la impresión de aquel drama, el 14 de Diciembre de 1925 estrenaba el maestro otra obra, *El coloso de arcilla*.

Este drama continúa reflejando por entero a Araquistain en sus modos de pensar y construir. Lo importante en esta obra es su fondo y a él sacrifica el artífice los elementos puramente teatrales.

La crítica tachó en este drama lo abarcante del tema y lo elevado de los vuelos, cosas que impidieron que su contenido y su belleza llegaran fácilmente hasta todas las conciencias y en ellas arrancaran las debidas resonancias.

Según el crítico de «El Liberal» de Madrid, pretende Araquistain demostrar que la actual civilización, pese a todas sus apariencias de solidez y de grandeza, es cosa deleznable y en peligro de pulverizarse si la Humanidad no atiende a lo fundamental, dando de lado, a costa de todos los dolores y de todas las renunciaciones, a lo accesorio, y da forma a su propósito de demostrarlo por medio de corporificaciones de un carácter emblemático.

En *El coloso de arcilla* cada personaje es un símbolo y por esta circunstancia el tercer drama de Luis Araquistain no será del todo accesible para públicos siempre acostumbrados a tipos de otro orden.

Pero, a pesar de todo, en esta obra afirma Araquistain su personalidad de autor dramático y se coloca en condiciones de ocupar una plaza expectable en la vanguardia de quienes per-

petúan, remozándolo, el esplendor inmarcesible del teatro castellano.

La pericia de Luis Araquistain está ya suficientemente probada en el terreno de la literatura escénica. Acaso podría reprochársele que no tiene un completo dominio de la técnica; pero hay que convenir en que él sólo se obtiene merced al ejercicio de una práctica constante. Es que también la opulencia mental de Araquistain, sus elevadas ascensiones y su excesiva honradez ideológica, lo alejan de los convencionalismos y de los artificios que requiere la composición dramática. Así su teatro ha resultado algo escueto y esquemático, algo demasiado rectilíneo, pero sincero como pocos.

Las piezas de Luis Araquistain han debido, sin duda, extrañar a públicos habituados a un teatro de habilidades mecánicas y de recursos exteriores, a un teatro en que todo está dispuesto para agradar al auditorio.

Araquistain no se somete de lleno a las exigencias de la forma ni sacrifica a ella la integridad del pensamiento ni la esencia de la idea. Su punto de vista y su concepto filosófico no sufren menoscabo al pasar a la obra de teatro. No persigue el dramaturgo aplausos fáciles ni triunfos precipitados. Expone sus teorías sin transigir ni claudicar.

El público no preocupa a Araquistain como a los otros comediógrafos. Escribe absolutamente de acuerdo con él mismo. Por eso ha sido motejado muchas veces de poco comprensible. Habla en no pocas oportunidades desde una esfera superior a la de sus oyentes, y no todos pueden seguir de una manera fácil el caminar de su razonamiento ni llegar hasta el fondo de los valores que elucida.

Se advierte que Araquistain no piensa al escribir en deslumbrar ni en promover admiración. Sólo desea convencer, y de ahí que la fuerza de su obra gravite por entero en la idea, en la entraña sustantiva, en la materia medular.

Su labor se singulariza por su acentuada propensión a exponer sin timideces sus pareceres élicos y sus apreciaciones sociológicas, sin recurrir al efectismo literario ni a los resortes deci-

sivos del calor y el movimiento. Esta circunstancia indica que Araquistain no adula a nadie ni persigue los favores del vulgo o la rutina. Sus dramas van teñidos con la sangre de su espíritu y llevan el sello de esa unción y probidad que sólo puede dar a su tarea el que va tras resultados de verdad y de progreso.

Semejante característica hará simpático al teatro de Araquistain para todos, aun para aquellos que están en plano opuesto y en total antagonismo con sus apreciaciones. Lo que molesta es lo anodino, lo incoloro, lo hipócrita.

El teatro del autor de *El rodeo* puede anotar a su favor el hecho no generalizado de haber sido escrito sin concesiones a temores de ninguna especie. Combate francamente situaciones consagradas, abandonando las cómodas y habituales posiciones de casi todos los dramáticos. Es aquel un teatro sin vistas a la taquilla ni a la popularidad.

La producción de Araquistain ha debido causar extrañeza por esta circunstancia, ya que está confeccionada sin seguir las corrientes impuestas por antiguas costumbres y sin tratar de satisfacer ni de servir los gustos artísticos ni las inclinaciones éticas de la mayoría.

Al revés de los demás autores, Araquistain anhela que el auditorio piense con el autor y que colabore con él. Sólo así, según el dramaturgo, podría el público fundirse con el autor y el autor alcanzar su deseo de fundirse con el público. Para Araquistain únicamente de este modo «es posible alcanzar una obra sólida donde se integren el artista y el espectador».

Un teatro así no será, sin duda alguna, el preferido por un público que tiene el hábito de no colaborar; por un público no acostumbrado a las actividades mentales y que va al teatro a ser un simple receptáculo de imágenes y frases; por un público, que en su mayor parte, sólo persigue las recreaciones del color, la caricia del vocablo, el cosquilleo del retruécano.

Pero Araquistain no va tras las preferencias—caprichosas y tornadizas—de los espectadores. Va a la escena a discurrir, a plantear problemas, a destruir preocupaciones, a señalar nuevos

trayectos, a extirpar todo aquello, que a su juicio, pone alguna barrera al desarrollo sano y conveniente de la familia universal.

Luis Araquistain es, ante todo, un pensador que se disfraza de dramático, buscando campos más abiertos y fecundos a sus ansias sembradoras.

Afrontando dificultades y venciendo resistencias, Araquistain entrega al surco la semilla de su idea. Por la sonora bocina del teatro deja caer sin miedo sus grandes convicciones y sus vastas esperanzas. Podrán ser sus creencias discutibles, erróneas y hasta perjudiciales en el sentir de mucha gente; pero de todos modos, hay que admirar en Luis Araquistain al hombre valeroso, al soñador, al iconoclasta de buenas intenciones, al hombre que, de cara a los intereses creados y a las situaciones estancadas, toca el repique clamoroso de las renovaciones.

Con sus particularidades sustantivas y técnicas, el teatro de Luis Araquistain se hace ampliamente acreedor a los honores del estudio y a los de la difusión. No es un teatro que merezca el olvido y el desprecio de nadie. Todo en él está atrayendo la atención del estudioso; todo en él está ofreciendo interés por la novedad de la doctrina y la amplitud ideológica, a la vez que por su vasta trascendencia y su avanzado atrevimiento.

Incuestionablemente, el teatro de Luis Araquistain será siempre para públicos de determinada preparación intelectual, para públicos amigos del raciocinio y partidarios de la crítica; para públicos que anhelan remover profundamente la estática social y abrir caminos nuevos en el terreno de la ética.

En lo que lleva elaborado, Araquistain ha dado ya la directriz que habrá de presidir su producción escénica y ha fijado la nota distintiva de sus procedimientos. Lo que venga más tarde ha de seguir, sin duda, por el mismo derrotero. Será la suya una dramática de ideas; una dramática que habrá de hablar más al cerebro que a la sensibilidad; que hará pensar más que sentir; pero, en todo caso, merecedora, en la variedad de sus facetas, del estudio más prolijo.

Por lo ya realizado, podemos juzgar perfectamente la futura

labor de Araquistain en el teatro: será labor maciza y fuerte; llena de nervio y de interés y en la cual, junto a la más exquisita y continuada dignidad literaria, arderán como llamas calcinantes, la rebeldía reformista y el afán de nuevas normas.

Tras pasados los umbrales de la iniciación, corresponde a Araquistain entrar de lleno a la campaña del teatro. Se le esperan grandes triunfos y magníficos laureles.

GUILLERMO MUÑOZ MEDINA,

ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS

Presentación elevada por el Directorio de la Universidad de Concepción a S. E. el Presidente de la República.

Excmo. Señor:

UA Universidad de Concepción ruega a V. E. que, al resolver acerca de la creación de la Lotería Nacional de Beneficencia, quiera tener presentes los hechos y consideraciones que pasamos a exponerle, relativos a la labor realizada por la Universidad y a los recursos con que cuenta.

Antecedentes generales.—La Universidad de Concepción, que comenzó a funcionar en Abril de 1918, no fué una creación artificial, sino que respondió a una necesidad pública. La mejor comprobación de este aserto la han dado los hechos que han permitido a la Institución un desarrollo imprevisto aun para sus fundadores.

Matrícula.—La matrícula general desde 1918 indica una población universitaria de 2235 alumnos. En este mismo tiempo se han incorporado a las Escuelas 810 alumnos nuevos.

Escuelas y Cursos.—La Universidad mantiene actualmente cinco Escuelas, a saber: de Ingeniería Química Industrial, Dentística, Farmacia, Medicina (1.º y 2.º años), Pedagogía (Curso

de Inglés), Curso de Normalistas y Curso de Secretariado Comercial.

Innovaciones y progresos en la Enseñanza.—De estas cinco Escuelas, la de Ingeniería Química Industrial es completamente nueva en el país; igual cosa podemos decir de los Cursos de Normalistas y de Secretarios Comerciales. En las Escuelas restantes no nos hemos limitado tampoco a seguir los planes ya fijados en otros establecimientos similares, sino que se han adicionado a los programas de enseñanza materias nuevas para completar y hacer más práctica la operación de los alumnos.

Perfeccionamiento de los estudios.—Con el propósito de obtener la mayor utilidad posible para el progreso de la cultura general, se han hecho considerables sacrificios para pensionar en el extranjero a profesores y alumnos, y hasta se ha contratado al eminente profesor don Alejandro Lipschütz, para que venga a enseñar Fisiología en la Escuela de Medicina y Dentística.

Alumnos pensionados.—No obstante que por la natural duración de los estudios sólo hace pocos años que la Universidad ha podido contar con alumnos que hayan seguido los cursos en sus aulas, ha logrado enviar al extranjero a tres alumnos: uno de la Escuela de Ingeniería Química Industrial, otro de Dentística y el tercero de la Escuela de Pedagogía. Los dos primeros han hecho estudios en Alemania y Francia, y el último en Estados Unidos.

Profesores pensionados.—Dos profesores han sido pensionados en el extranjero: uno en Francia para el Curso de Francés de la Escuela de Pedagogía y otro en Estados Unidos para el Curso de Inglés de la misma Escuela.

Contratación de un especialista extranjero.—A estos esfuerzos por mejorar la enseñanza se ha añadido hace algunos meses, la contratación de un especialista de renombre mundial para

que tome a su cargo la enseñanza de la Fisiología en las Escuelas de Medicina y Dentística. Nos referimos al profesor señor Alejandro Lipschütz, sabio investigador, que con Verworn, Steinach y otras eminencias científicas mantiene el cetro de las nuevas orientaciones de la Fisiología. El ilustre profesor nos ha honrado aceptando nuestras peticiones y ha salido ya en viaje al país, donde estará en el mes próximo. El contrato por cinco años firmado al efecto importa a la Universidad, por honorarios, el desembolso de doscientos mil pesos, a razón de cuarenta mil pesos por año. A esto debe añadirse el valor de los laboratorios ya encargados a Europa. Hasta el momento del contrato, el señor Lipschütz trabajaba en la Universidad de Dorpat, en Estonia, a donde había sido llamado para reorganizar los estudios universitarios. Anteriormente fué profesor extraordinario en Berna y luego agregado a los laboratorios de Fisiología de la Academia de Ciencias de Viena.

Alumnos titulados o en aptitud de titularse.—Desde el año 1922 hasta ahora han concluido sus estudios 164 alumnos, sin contar los que han hecho su curso de Secretarios Comerciales. La gran mayoría de los alumnos que han concluido sus estudios se ha titulado ya; y el resto está en aptitud para recibir su título inmediatamente. Al calcular el porcentaje de titulados sobre el número de alumnos, debe tenerse en cuenta que los cursos de Medicina, que empezaron a funcionar en 1924, no llegan sino hasta el bachillerato. En estos cursos el porcentaje de los promovidos del primer año llega a $61\frac{1}{3}\%$ y el de los promovidos del segundo año llega a 63% .

Trabajos de investigación científica.—La Universidad no se ha limitado a la explicación más o menos amplia de sus programas de enseñanza, sino que en la medida de sus fuerzas, ha dado importancia especial a los trabajos de investigación científica. En cumplimiento de esta finalidad ha concurrido al Congreso Odontológico Latino-Americano celebrado el año último en Buenos Aires, al que presentó diversos trabajos de investiga-

ción que merecieron honrosas calificaciones y hasta uno de ellos obtuvo premio especial. De igual modo ha enviado ya trabajos al Congreso Internacional Odontológico que se efectuará en Filadelfia dentro de poco. Además, ha publicado colaboraciones en archivos científicos europeos, como ser en *Biología Generalis* (Internacional Journal of Biologie), *Berichte fuer allgemeine Physiologie und Fharmacologie* y otros. Envió también representantes al Congreso de Química celebrado en Buenos Aires, y contribuyó con diversos trabajos a las labores de la Semana del Salitre organizada por la Universidad Católica.

Obras de difusión de la cultura.—Mantiene la Universidad una revista de Ciencias, Artes y Literatura, «Atenea», que se publica desde hace tres años y que circula profusamente en el país y ha encontrado muy favorable acogida en los círculos intelectuales extranjeros. Sostiene también una sección de Extensión Universitaria que ofrece continuamente conferencias sobre temas de Ciencias Físicas, Biológicas, cuestiones de Derecho, problemas de carácter social, artístico o literario. Ha hecho funcionar también un Círculo de Lecturas en el que se comentan libros de todos los órdenes de la actividad intelectual y de todas las épocas.

Progresos materiales.—Según el último balance anual, practicado en 31 de Diciembre de 1925, el haber universitario asciende a un millón cuatrocientos setenta y seis mil pesos. De esta suma corresponden cuatrocientos siete mil a material de enseñanza y mobiliario; quinientos diez y seis mil a propiedades raíces destinadas a escuelas; y el resto de quinientos cincuenta mil en depósitos a plazo y otros valores.

Proyectos para 1927.—Está actualmente en estudio un proyecto para crear el tercer año de Medicina y para establecer una biblioteca pública. Asimismo, se ha abierto un concurso de planos para un ante-proyecto del edificio de la Escuela Dental,

que se levantará en el predio universitario ubicado en el barrio de la Toma.

Fondo para el mantenimiento de la Universidad.—Los fondos con que se mantiene y progresa la institución provienen de las operaciones con sorteos autorizadas por Decreto-Ley N.º 484 de Agosto de 1925. En virtud de esta autorización legal que faculta a la Universidad para efectuar los sorteos aludidos hasta que reúna un capital que le produzca una renta de un millón de pesos anuales, se han contraído compromisos que representan sumas de consideración, tales como el contrato con el profesor señor Lipschütz, el arriendo de casa para un largo período de tiempo para instalar las oficinas administrativas y otros diversos contratos que importan prestaciones de dinero por parte de la Universidad.

La Lotería Nacional y el sostenimiento de la Universidad.—En este estado de cosas se anuncia un proyecto de ley para crear la Lotería Nacional con fines de beneficencia. Tal proyecto amenaza fundamentalmente la vida de la Universidad, pues un país con una población de apenas cuatro millones de habitantes, dispersa en un vasto territorio, no puede mantener dos loterías simultáneamente. Por esto nos vemos obligados a presentar, aun en líneas reducidas, la labor realizada por esta institución de enseñanza que satisface altas necesidades colectivas. Queremos que se conozca la obra que está en peligro de desaparecer; y, en consecuencia, que se aprecie el daño que su desaparecimiento puede traer.

Interés público y no particular.—No queremos discutir acerca de la conveniencia o inconveniencia de que el Estado mantenga servicios públicos con recursos como la lotería en vez de hacerlo con impuestos equitativamente distribuidos. Nuestra opinión pudiera estimarse parcial. Pero ya, desde hace tiempo, los hacendistas han dado su parecer en este asunto. Debemos, sí, hacer presente a las autoridades y los legisladores que habrán

de resolver este punto, que no son intereses particulares los que resultan heridos si la Universidad cierra sus puertas. Los miembros de la sociedad universitaria nada ganan económicamente con las labores de la institución, la que todavía les demanda su contribución anual, en consecuencia, nada perderán tampoco personalmente, salvo los esfuerzos que ya invirtieron en ella durante nueve años. Los que pierden personal y económicamente son los alumnos y con ellos sus familias; y con las familias la región y con la región el país.

Concepción, 26 de Julio de 1926.

Enrique Molina, Julio Parada Benavente, Luis D. Cruz Ocampó, Eliseo Salas M., Antonio Aninat, Francisco Amthauer, Néstor Bahamonde, Serapio Carrasco, Alberto Coddou, Desiderio González, Enrique González Pastor, Guillermo Grant B., Aurelio Lamas B., Augusto Rivera Parga, Alcibiades Santa Cruz, José María Santander, Luis Urrutia M., Pedro Villa Novoa, Samuel Zenteno Anaya.

Llegada del Prof. Dr. med. Alexander Lipschütz

EN la última semana del mes de Agosto llega a nuestro país el profesor doctor Lipschütz, que, como se sabe, ha sido contratado por la Universidad de Concepción a fin de que sirva la cátedra de Fisiología y dirija el Laboratorio correspondiente en nuestras Escuelas de Medicina y Dentística.

Con ocasión de este hecho, y como un homenaje al sabio investigador que pronto ha de incorporarse a las actividades de nuestra Universidad, ATENEA se complace en insertar algunos datos relativos a la vida docente del reputado profesor y a la bibliografía con que ha enriquecido las investigaciones fisiológicas modernas, datos que se ha servido proporcionarnos el profesor de nuestra Universidad, doctor Oltmar Wilhelm.

Nació el doctor Lipschütz en Riga, el año 1883.—Después de estudiar en las Universidades de Berlín, Göttingen y Zürich, recibió su doctorado en medicina en 1907, en Göttingen. Perfeccionó en seguida sus estudios médicos en varios Institutos científicos principalmente en Alemania y Suiza, desempeñando en varios de ellos, como en el Instituto para Epilépticos, en Zürich, y otros, diversos cargos de importancia. Ya en 1913 era uno de los más destacados colaboradores científicos en el Instituto Fisiológico del gran sabio fisiólogo Verwern, en Göttingen, y después en Bonn. En 1916 trabajó en los laboratorios del célebre Prof. E. Steinach, en Viena (Instituto de Investigación Biológica de la Academia de Ciencias, Viena). De 1915 a 1919, libre docente de la cátedra de Fisiología en la Universidad de Berna; desde 1919, profesor de Fisiología y Director del Instituto Fisiológico de la Universidad de Dorpat,

puesto que ha desempeñado hasta que fueron contratados el presente año sus servicios para las clases de Fisiología de la Universidad de Concepción. Su enorme y fecunda labor científica, en la cual merecen especial mención sus trabajos sobre endocrinología sexual, publicados regularmente en el «Anzeiger der Akademie der Wissenschaften, Wien; «Comptes Rendus de la Société de Biologie», París; «Proceedings of the Royal Society», London; «Pflügers Archiv fuer die gesamte Physiologie», Berlín, etc., etc., como asimismo sus interesantes obras «Allgemeine Physiologie des Todes», Braunschweig, 1915; «Zur allgemeinen Physiologie des Hungers», Braunschweig, 1915; «Physiologie und Entwicklungsgeschichte», Jena, 1916; «Ueber den Einfluss der Ernährung auf die Körpergrösse», Berna, 1917; «Probleme der Volksernährung», Berna, 1917; «Die Pubertätsdrüse und ihre Wirkungen», Berna, 1919 (que es considerada como una de las obras de mayor importancia del autor y que traducida al inglés y al español, fué editada respectivamente por Hesser & Sons, Cambridge, y por Calpe, Madrid), fuera de los innumerables trabajos de investigación publicados en diversos archivos científicos, revelan la personalidad del sabio que llega a la Universidad de Concepción.

NOTICIARIO

A pesar del número inmenso de revistas que se publican en Francia, los jóvenes escritores necesitan nuevas publicaciones. Así, por lo menos, lo demuestran los que han fundado, hace poco, una nueva revista llamada *Les nouveaux essais critiques*. En estos «ensayos» se proponen hacer obra independiente de banderías y capillas. Los autores de la iniciativa son, entre otros, Georges Hain, Benjamín Simionesco, Georges Gaudy.

—En la Editorial Tor, de Buenos Aires, el poeta argentino Fernández Moreno publicará un nuevo libro lírico. Su título: «El hijo».

—No habrá olvidado el lector atento de *Atenea* la publicación del interesante estudio de Víctor Giraud sobre Enriqueta Renan, publicado en los números de Septiembre y Octubre del año pasado. En pulcra edición de Crès ha aparecido dicho trabajo, en compañía de otros sobre las hermanas de Pascal y de Chateaubriand, bajo el título genérico, «Sœurs de grands hommes». Ha sido bien acogido por la crítica.

—Un nuevo libro de Pío Baroja, escritor incansable. Se titula «Entretamientos», y en él el novelista ha reunido dos ensayos teatrales: «Chinchín comediante» y «Arlequín mancebo de botica», y una conferencia titulada «Tres generaciones». En este último trabajo, Baroja analiza la posición de tres generaciones españolas frente a la vida: la anterior al desastre de Cuba, la del 98, en la cual forma el autor junto con Unamuno, Azorín,

Valle-Inclán y otros, y la presente. Pío Baroja define con mucha agudeza cada uno de estos grupos y se manifiesta optimista para el porvenir.

—Sir Sidney Lee ha publicado un agudo libro sobre la personalidad de Eduardo VII, que fué durante tantos años Príncipe de Gales y que apasionó al mundo de su tiempo. El colaborador de *La Nación* de Buenos Aires, Sigmund Münz, analiza esta obra en un número dominical reciente.

—Jean Aubry ha entregado a las prensas un libro que de seguro tendrá muchos y muy fervientes lectores. Se titula «The life and letters of Joseph Conrad» y se afirma que contendrá revelaciones sobre el gran escritor polaco-inglés desaparecido hace poco.

—En Irlanda se han hecho gestiones para que el gobierno adquiriera y conserve, previa la restauración correspondiente, la casa de Oliverio Goldsmith. Según la crítica, en ella colocó el autor la escena de su obra «El vicario de Wakefield».

—La muerte reciente de René Boylesve ha sido muy lamentada en Francia. Muchas revistas se han ocupado de su obra con elogio y han reproducido páginas inéditas de este gran trabajador que murió con la pluma en la mano. Al mismo tiempo —a rey muerto, rey puesto— se han planteado las candidaturas del caso para suceder a Boylesve en la Academia. Los nombres de Fernand Greggh, Abel Hermant, Emile Mâle y Charles Richet han circulado con insistencia. ¿Será muy aventurado suponer que Hermant ocupará este sillón vacío?

—Más noticias académicas: Courteline, el sabroso novelista de «Boubouroche», de «Messieurs les ronds de cuir», de tantas obras más, llenas de ingenio y de buen humor, ha sido premiado por la Academia Francesa con 15,000 francos. Muy depreciada estará la moneda gala, pero eso no quita que el premio sea su-

culento. Por lo menos se llama «Grand prix d'Academie» y significa la consagración definitiva de un escritor. El premio llamado de literatura fué asignado a Gilbert de Voisins, autor de poca notoriedad. François Mauriac, autor de «Le désert de l'amour», novela sobre la cual escribió un artículo nuestro colaborador don Raúl Silva Castro, en el número de Agosto de 1925, obtuvo el premio de novela, que es de cinco mil francos.

—La boga de Unamuno en Francia aumenta día por día. En una colección religiosa ha sido publicado un libro inédito del maestro, titulado «La agonie du christianisme» y traducido por Jean Cassou. En las ediciones Kra se ha lanzado también una traducción de «Niebla», novela publicada por Unamuno hace varios años en España.

—Informaciones argentinas nos dicen que Alfonsina Storni ha publicado un nuevo libro. Se llama «Poemas de amor» y está escrito en prosa.

—La publicación del libro de Américo Castro, «El pensamiento de Cervantes» ha sido acogida con singulares muestras de entusiasmo en España y en otros países. Muchos artículos se han escrito en elogio de esta obra, en que el autor ha resumido sus trabajos anteriores y sus conferencias sobre el creador del Quijote.

—El mismo escritor ha publicado en *La Nación* de Buenos Aires una serie de tres artículos sobre «Martín Fierro» y los sentimientos e ideas que animan la poesía gauchesca.

—La interesante revista costarricense *Repertorio Americano* ha iniciado una encuesta dirigida a los escritores de América. Sus preguntas son las siguientes: «1.ª ¿Por qué no se hacen grandes ediciones de sus libros? 2.ª ¿No lee el público hispano americano o no le interesan sus escritores? 3.ª En caso de que

no le interesen, ¿cuáles son las lecturas o los autores que tal público prefiere?»

—Nuevas investigaciones en torno a la paternidad efectiva de las obras atribuidas generalmente a Shakespeare, han llevado a una conclusión: esas obras son realmente de un escritor que se llamaba Shakespeare, pero no tienen sino muy poco original. En su casi totalidad son adaptaciones y refundiciones de obras escritas por diversos individuos, tanto ingleses como extranjeros. Shakespeare, en su calidad de actor, podía hacer más teatrales algunas de las piezas que el conjunto de cómicos de que formaba parte, debía representar. Tal sería el origen de las piezas firmadas por él.

—El escritor peruano Alberto Hidalgo ha hecho una antología de la joven poesía americana, que se publicará en Buenos Aires. En este libro figuran nuestros compatriotas Pablo Neruda, Angel Cruchaga Santa María, Gerardo Seguel, Salvador Reyes y algunos más.

—En Junio se cumplió el cincuentenario de la muerte de Jorge Sand. Con este motivo, la *Revue des Deux Mondes* publicó un estudio de la nieta de la escritora, hecho sobre la base de recuerdos inéditos de su vida. Otras celebraciones volvieron a atraer la atención del público francés sobre la novelista, ya un poco olvidada.

—El periodista y escritor argentino Alberto Gerchunoff ha reunido algunos de sus artículos más destacados, en un volumen que se llama «El hombre que habló en la Sorbona». Ha sido considerado por la crítica como una obra de madurez de un escritor de sobresalientes condiciones.

OMEGA.

EX - LIBRIS

UN MUERTO DE MAL CRITERIO, por *Jenaro Prieto*. Santiago, 1926.

El señor Prieto, cuyos artículos periodísticos le han conquistado una merecida fama, ha escrito una novela llena de interés y de sugestión. «Un muerto de mal criterio» es una obra cuya acción se desarrolla en el otro mundo, durante un colapso, con todos los caracteres de la muerte, de un juez enfermo de gravedad. Este funcionario continúa en la eternidad haciendo justicia, pero los seres a quienes juzga no son seres vivos, sino los que día por día mueren en la tierra. Desfilan así por los estrados ultraterrenales un pintor, una mujer de mal vivir, una pareja de enamorados, un misionero franciscano, el salvaje que se lo comió, un militar, etc. Todo un pequeño mundo de individuos dignos de atención por sus ideas, sus hechos vitales, sus pasiones y sus sentimientos.

La obra está escrita en un estilo liviano, un poquito mancillado por el periodismo, pero por lo general correcto y animado. Un humorismo de primera fuerza rezuma de estas páginas: es el humorismo de un escritor sano, que sólo persigue reír y hacer reír con el equívoco de las situaciones intencionadas, con las observaciones originales acerca de muchos hechos comunes y con más de una alusión a la realidad actual. Con su primer ensayo novelesco el señor Prieto se coloca de golpe en la primera fila de nuestros escritores y se hace acreedor a aplausos sinceros y entusiastas.

POETAS DE HISPANOAMÉRICA, selección y notas de *E. Solar Correa*. Santiago, 1926.

En un volumen de cerca de trescientas páginas el señor Solar Correa ha reunido producciones escogidas de cuarenta y cuatro poetas americanos de habla castellana, desde los años de la independencia hasta nuestros días. Es un trabajo serio y concienzudo, realizado con efectivo conocimiento de la materia y con espíritu crítico bien intencionado. Para el público que no tiene tiempo de leer las obras originales de los principales poetas del continente, muchas de ellas agotadas ya y de difícil adquisición, esta obra tiene una utilidad singular.

Las notas biográficas y críticas del recopilador, sus prólogos a la obra y a las secciones—Neoclasicismo, Romanticismo y Modernismo— en que ella se divide, los índices y las glosas finales, representan una labor considerable, cumplida con honradez suma. El señor Solar Correa ha hecho una obra de positivo mérito que le sabrán agradecer todos los amantes de la poesía y los estudiosos, por más que él diga que su libro no está dirigido a estos últimos: Raro es ver en obras nacionales tan riguroso método, ordenación tan completa, unidos a un buen gusto innegable.

Tal vez en este último punto habrá lectores que no estén de acuerdo con el autor. Pero una antología es, en último análisis, una obra de preferencias personales, a la cual no se le puede pedir conformidad con todos y cada uno de los gustos de los lectores.

JOSÉ INGENIEROS (1877-1925), por *Arturo Torres Rioseco*. Austin, Texas (E. U. A.), 1926.

Nuestro compatriota don Arturo Torres Rioseco, actualmente en los Estados Unidos, ha editado en un folleto de pocas páginas un artículo sobre José Ingenieros, escrito a raíz de la muerte del pensador argentino. En *The Southwestern Political and Social Science Quarterly* apareció primeramente este estu-

dio que tiene una virtud cardinal: su brevedad. El señor Torres Rioseco hace en las páginas de su trabajo una reseña hartó completa de la vida de Ingenieros y de su obra ingente.

Persigue la publicación de este trabajo un propósito plausible; la obra de Ingenieros es poco divulgada en los Estados Unidos, en donde, fuera de algunos círculos universitarios en los cuales sus obras sobre Psicología tienen gran boga, se desconocen casi enteramente los otros aspectos de tan robusta personalidad. Escrito con claridad, con precisión dignas de encomio, este artículo de nuestro compatriota llena el objetivo que le ha dado vida.

UNA HIJA DEL ALBA, Recuerdos y Cartas de Renée de Benoit. Nascimento, 1926.

En una edición tan pulcra y sencilla como las que habitualmente nos presenta Nascimento, aparece esta obra que de cierto habrá de atraer, con el encanto penetrante de su lectura, a todas las almas que sienten anhelos místicos. Gabriela Mistral, en el prólogo de este libro, nos define en pocas palabras el carácter de su contenido. «Esta obra—escribe—pertenece a un género literario que apasiona a las mujeres norteamericanas e inglesas, pero que apenas está representado entre nosotros.» «Se trata—dice luego—del libro sobre la experiencia interior, sobre el movimiento de lo divino en el alma.»

Es un libro apasionante, sugestivo, poderosamente animador de sentimientos y de impresiones superiores. Su lectura puede no agradar a quienes no sientan la mordedura de la fe como algo vivo y candente. Pero en ningún caso podrá ser abandonada por falta de interés. Las intimidades y las reconditeces de un alma seguramente no gustan a muchos lectores. Para ese puñado de escogidos que en cada ciudad forman como un corazón, con todas las angustias y las ansias insatisfechas que poseen a los corazones, se ha hecho este libro generoso que para muchos será como una anunciación de algo más grande.

Obra destinada a propagar la doctrina del Cristo, despojada

de muchos de los errores que la circundan desde hace siglos, será leída con agrado por todos cuantos experimenten curiosidad por acercarse a un alma y ver en ella los sufrimientos y los anhelos de que la vida la llenó.

ESPACIO, poemas de *Enrique González Rojo*. Editorial Mundo Latino. Madrid, 1926.

Enrique González Rojo reúne en este volumen por segunda vez un haz de poemas. Ya en el primero, a pesar de su juventud, el poeta era una realidad madura. Hoy es más, una plenitud. Ha heredado de su padre, Enrique González Martínez, sin parecersele en substancia, la facultad de la transparencia en el verso. Su verso es limpio, libre, puro de toda pureza. Sin ese virtuosismo de los artífices que trabajan el renglón y nos hacen pensar, al admirarlos, en la herramienta paciente y fina, el verso de González Rojo es fino, sabio y admirable. El contenido es siempre denso de poesía; la visión, moderna sin snob; su libertad, ajena al prurito infantil de pregonarse indomable. Sabe González Rojo que hay al presente una librea también, y la más risible: la postura que a todos los vientos grita «yo soy muy personal», y que hace extravagantes; sabe que donde hay realización artística hay disciplina, ordenación y comunicación clara. González Rojo no se *deshumaniza*; no hace, como explica Ortega y Gasset, por mostrar el cristal a cuyo través mira, sino por entregarnos lo significativo que tras de su cristal está. No quiere mostrarnos un simple juego de herramientas; antes bien, disimular éstas y entregarnos la obra con espontaneidad de prodigio, pura y viviente.

«Espacio» merece un artículo detenido que no cabe en estas notas. Digamos aquí al menos que es un libro de primer orden.

HISTORIA DEL MUNDO, por *J. Pijoan*. Tomo I. Salvat Editores, S. A. Barcelona, 1926.

He aquí un esfuerzo más por alcanzar una buena historia de la humanidad. Muchos anteriores fracasaron. Algunos consiguieron acertados compendios. Otros desequilibraron la obra por extenderla, sin más fin que el de ostentar abundancia, sobre las documentaciones del museo que tuvieron más a la mano. El profesor Pijoan puede anotarse acaso la nota más alta—por lo menos en lengua castellana—en su resultado. Ha hecho una labor original, de personal investigación y ha sabido ponerse en el punto de vista del interés hispano-americano. Su libro es, así, sintético y completo, reseña fundada, y bien ilustrada, resumen intenso y animado. Abarca la vida de la Tierra desde la formación del planeta hasta la evolución que ha realizado el espíritu sobre la faz de ella. Se analizan los fenómenos en detalle, se distinguen las más variadas facetas y, del conjunto, despréndese una significación de asombro para el misterio de la creación.

Se trata, pues, de un esfuerzo extraordinario y de un éxito. Y añádase el valor de una edición impecable, ilustrada con profusión, a todo color y de moderna labor gráfica.

EL ARTE EN GRECIA, por *A. de Ridder* y *W. Deonna*. Biblioteca de Síntesis Histórica. Editorial Cervantes. Barcelona, 1926.

El que acabamos de recibir es el tomo XII de esta biblioteca y de él son autores dos ex-profesores de la Escuela de Atenas, *A. de Ridder*, conservador del Museo del Louvre, y *W. Deonna*, director del Museo de Arte y de Historia de Ginebra.

Este libro es más que una simple y fría Historia del Arte. Aquí el Arte va unido a la vida, a las actividades más diversas del hombre, creador de civilización; se sitúa el Arte en todas las manifestaciones de la ciudad griega y se analiza la

técnica de la cerámica, de la pintura, de la escultura y de la arquitectura, explicándose en forma documentada y amenísima el resultado que obtuvieron los artistas griegos. La obra tiene el mérito particular de constituir, en parte, un tratado de «sociología estética», pues estudia lo que la vida en sociedad ha aportado al desenvolvimiento del Arte, agente de desarrollo en la evolución humana.

La lectura de *El Arte en Grecia* nos sugiere penetrantes ideas, por lo que deseáramos hacer un examen de la misma, que la falta de espacio nos niega. Es un libro que deleita y hace pensar, porque en sus páginas asistimos al nacimiento, con el Arte, de la vida social, de las instituciones, que en Grecia son reflejo de las preocupaciones y creencias que inspiran un sentimiento mesurado y antropomórfico. El arte griego tuvo su origen en la religión y, al evolucionar, llegó a ser un «lenguaje social», un ideal en que comulgaron aquellos hombres que crearon la época más privilegiada de la Historia, al transformar en realidades vivientes sus sueños y sus quimeras de belleza, al imaginar los mitos que son ensayos espontáneos de interpretación de la naturaleza y de la vida. A este maravilloso arte griego debe la humanidad leyes y modelos de belleza eterna.

La obra contiene 94 figuras que ayudan en gran manera a la fácil comprensión del texto y ha sido muy bien traducida por el distinguido catedrático de la Universidad de Santiago de Compostela Dr. Luis Pericot García.

HISTORIA DE SANTIAGO, por *Benjamín Vicuña Mackenna*.
Edit. Nascimento, Santiago, 1926.

Es esta la segunda edición de la obra más importante del gran historiador nacional. Obra inencontrable, por la cual se habían pagado precios bastante altos en subastas públicas y en ventas privadas, la «Historia de Santiago» necesitaba ser puesta de nuevo al alcance de los muchos admiradores de su autor. Tal es el objetivo perseguido por esta reedición.

En los dos volúmenes de la «Historia de Santiago», el se-

gundo de los cuales es el que acaba de aparecer, hay comprendidos varios siglos de la vida de la capital chilena y muchos elementos para la historia general del país en la misma época. Documentadísima, escrita con entusiasmo y vigor sobresalientes, esta «Historia» ha sido considerada como una de las obras más completas de Vicuña Mackenna.

La edición presente tiene un defecto fácil de advertir: ha sido hecha siguiendo fielmente la primera y hasta ahora única edición del libro. Tal vez habría sido oportuno poner la «Historia de Santiago» en manos de un buen historiador, a fin de que aclarara con notas discretas algunos puntos que el presuroso polígrafo no pudo meditar con cuidado.

Pero sea como fuere, es una empresa llena de méritos la que se ha cumplido al reeditar un libro tan interesante y lleno de atracción como la «Historia de Santiago».

LA VIE AVENTUREUSE D'HONORÉ DE BALZAC, por René Benjamin. Plon-Nourrit, edit. Paris.

La casa Plon-Nourrit comienza a editar una colección de vidas de grandes hombres y dedica el primero de los volúmenes de esta serie a «La vie aventureuse de Balzac», por René Benjamin. Por esta obra podemos apreciar el propósito perseguido. Se trata de crear la novela de la biografía célebre, a ejemplo de «Ariel o la vida de Shelley», de Maurois.

René Benjamin ha hecho un trabajo muy meritorio, que se lee con sumo agrado. La vida de Balzac es en realidad bien novelesca y apta para ser narrada con brillo singular. Los comienzos oscuros del novelista; el trabajo encarnizado en obras primerizas que lograron, sin embargo, hacerle conocido; sus empresas industriales y comerciales, en las que obtuvo fracasos repetidos; sus amores y sus odios; su persecución incesante de la fortuna; su triunfo final, debido al amor y no al trabajo literario, cuando la muerte estaba ya tan cercana, son aspectos que convierten la vida del novelista en la más apasionante novela.

René Benjamin ha aprovechado con talento y acierto tales

circunstancias, y su «Vie aventureuse de Balzac» merece ser citada como un trabajo de primer orden, tanto entre las demás obras del autor como entre las muchas biografías que se han hecho del genial novelista.

RECETARIO DE BELLEZA Y DEL HOGAR, por el *Dr. R. Mongardú*. Edit. Nascimento, Santiago, 1926.

Comienza el autor por hacer un breve resumen del concepto que ha merecido la belleza a través de los tiempos. Siempre, nos dice, la belleza femenina ha sido una fuerza poderosísima, comparable a «la elocuencia, la poesía y el arte». Por ello el mayor problema de la mujer es conservar la belleza, si la tiene, y adquirirla, si no.

En las páginas de este libro se reúnen más de mil recetas escogidas especialmente entre las obras más afamadas de estética femenina, destinadas todas a los dos objetivos planteados arriba. La mujer bonita debe cuidar de que sus encantos no padezcan menoscabo. La mujer que no es bonita, debe tratar de parecerlo.

Fuera de esto, contiene el libro que nos ocupa, un gran número de indicaciones para limpiar telas y objetos variados. De modo, pues, que se justifica su título: no es recetario sólo de belleza sino también del hogar.

No nos cumple decir si la selección ha sido hecha con acierto. Las mujeres—las bonitas y las que no lo son—tienen la palabra.

DE PALOS AL PLATA, por el comandante *Franco* y el capitán *Ruiz de Alda*, Espasa-Calpe, Madrid, 1926.

Es el relato del vuelo del comandante *Franco* sobre el Atlántico, con todos los detalles pertinentes a la organización del «raid», a sus cuidados técnicos y a su realización. Escrito con soltura y discreción sumas, es un libro que hace honor a los aviadores, sobre todo por la modestia que revelan. No pa-

recen haber sentido la grandeza de su hazaña, ni siquiera cuando, llegados a Buenos Aires, una muchedumbre de varios cientos de miles de personas los aclamaba con entusiasmo frenético y delirante.

En esta obra hay muchos aspectos que interesan a los técnicos en aviación. Los procedimientos de navegación puestos en práctica; el valor del radiogoniómetro; las diversas circunstancias del vuelo sobre el Océano, son otros tantos temas de estudio para el entendido.

Los profanos, en cambio, pueden reír leyendo las páginas de este libro escrito sin pretensiones literarias pero lleno de encanto. En efecto, los aviadores narran en forma feliz el recibimiento de que se les hacía objeto en cada una de sus etapas. No parecen asustados, como hemos dicho, de los peligros del vuelo mismo. Se extrañan, en cambio de haber salido vivos de en medio del frenesí de las multitudes y de los arranques oratorios y gastronómicos con que se les recibía.

Libro liviano y ameno, tiene interés para todos cuantos han sentido alguna emoción durante el titánico «raid» que repitió la hazaña de Colón.

GLOSARIO DE REVISTAS

Recuerdos de Rubén Darío

Hace algunos meses el escritor chileno residente en los Estados Unidos, don Arturo Torres Rioseco, que está escribiendo una vida de Rubén Darío, dirigió a todas las personas que poseen datos sobre la vida del maestro, un llamado público para que pusieran a su disposición dichos documentos. El escritor venezolano Rufino Blanco Fombona respondió a nuestro compatriota con el envío de un copioso álbum de recortes periodísticos referentes al poeta de «Prosas profanas», coleccionados por él mismo, y una serie de artículos que publicó en *El Sol* de Madrid. De ellos tomamos algunos acápite que nos parecen interesantes.

En los primeros artículos el escritor venezolano nos habla más de su propia persona que del poeta desaparecido. Hasta las anécdotas que nos narra tienen más relación con él que con el autor de la «Oda a Mitre». Pero en el tercero y último, hallamos rasgos que pue-

den interesarnos de manera más directa, por tener más que ver con Darío. Cuenta Blanco Fombona una visita que hizo a Rubén cuando éste vivía en la calle Herschell, de París. Rodeado de jóvenes escritores y artistas halló al poeta. Sin embargo, éste dejó solos a sus visitantes y se encerró con Blanco Fombona en otro cuarto, con el objeto de leerle su «Canto a la Argentina», publicado en una edición extraordinaria de *La Nación* de Buenos Aires. «Encendió profusión de luces, llamó a Francisca Sánchez («Francisca Sánchez, acompañamé»), y le secreteó algo. Poco después se presentó Francisca abrazada con enorme mamotreto. Era un número extraordinario, verdaderamente extraordinario, de *La Nación*. Partió Francisca y regresó en seguida: colocó encima de la mesa una botella de *Black and White*, dos copas y el sífon.» Servida la primera copa, comienza la lectura: «Al principio —sigue diciendo Blanco Fombona— no cogí bien el ritmo.

Me pareció que se trataba de endecasílabos. Luego creí que los versos eran de ocho. Pero a los diez o doce versos ya comprendí el trenzado de las nueve y las ocho sílabas, con un ritmo vago, monótono, que parecía, a veces, al cambiar de ritmo, cojear.» Cuando termina la lectura, el poeta pregunta su opinión a Blanco Fombona, quien al principio se resiste a darla, pero que al cabo se la comunica. Luego Rubén Darío le dice que piensa hacer una edición lujosa de su poema y para ella le pide un prólogo. Blanco Fombona dice que protestó contra aquella idea, pero que Darío le insistió: «Mañana—le dijo en fin—le mandaré a su casa el poema. Y le mandaré también «un archivo», donde podrá documentarse.» Este archivo a que se refiere Darío es el famoso álbum que ya hemos mencionado, actualmente en poder de Torres Rioseco.

Otro asunto que trata Blanco Fombona en el tercero de sus artículos es su ruptura con el poeta nicaragüense. Corría el año 1911. Los hermanos Guido habían contratado a Rubén Darío como director de *Mundial Magazine*. El poeta entretanto, cada vez más urgido por sus desarreglos financieros y de salud, trataba de ganar dinero, sin importarle mucho de dónde viniera. La revista de la cual aparecía como director era un buen medio para conseguir

ese fin. No tenía Darío talento alguno para dirigir una publicación, y en manos de comerciantes como los Guido, menos aún podía resultar la cosa. Pero *Mundial Magazine* salía y el nombre de Rubén Darío frente a él era el cebo que habían tendido sus dueños para ganar a manos llenas. Blanco Fombona, colaborador de *Mundial*, como tantos otros escritores hispanoamericanos, sintióse un día ofendido por esta tiranía del dinero sobre el talento... Duramente le dijo al poeta muchas verdades y le anunció lo que iría a ocurrir: la opresión de los Guido, su afán de explotar su nombre y su irritante ansia mercantilista. Total: una pelea seria, con ruptura completa. Blanco Fombona es hombre de carácter áspero, que no soportaba ni soporta algunas cosas que los demás aceptan con calma. Pero así como es pronto para el enojo, es pronto para el arrepentimiento. «¡Cómo me he arrepentido—dice—de aquella mala acción! Me arrepiento de la injusticia con el amigo y del irrespeto al poeta.» Sinceramente parece dolerle el mal rato que hizo pasar al artista con su brusca y desatada invectiva. Pero más tarde el mismo Rubén Darío habría de hallarle razón. Minado su organismo por todos los excesos a que le arrastró su flaca naturaleza, cuando trataba de reponerse en

la sedante luminosidad de Mallorca, los apremios de los Guido eran un acicate harto terrible. El contrato que le obligaba a dar artículos y poemas a la revista, era cumplido y hecho cumplir celosamente por los comerciantes. Sin descanso, estrujando día a día y noche a noche un cerebro que buscaba ya el reposo, el poeta arruinaba su salud por hacer entrar a su bolsa un poco de dinero.

El artículo de Blanco Fombona que nos ocupa, termina haciendo un recuerdo de la muerte del poeta y del homenaje que le tributaron en España algunos de los más destacados escritores peninsulares e hispanoamericanos. Finalmente se refiere el autor de «Cantos de la prisión y del destierro» al proyecto de monumento a Rubén Darío. «¿Quién nos escogió—escribe—a Valle Inclán, a Amado Nervo, a mí, a otros, para entender en aquello? Nervo, envolviéndose cauteloso en su egoísmo, como en romana clámide, se despreocupó de aquello. No así Valle Inclán. Yo tampoco, menos.» Ambos escritores llegaron, por fin, al acuerdo de procurar la erección de un busto de mármol en los jardines del Retiro. No se ha hecho tal cosa, y hace pocos años, en cambio, se dió el nombre de Rubén Darío a una plaza madrileña, sin mucha pompa pero con sincera y espontánea intimidad.—S.

Waldo Frank

Las últimas publicaciones recibidas nos traen, entre otros, un nombre nuevo que merece todos los respetos debidos al talento y a la honradez de las ideas. Ese nombre es Waldo Frank y corresponde a un escritor norteamericano de avanzada, judío de origen y autor de unos cuantos volúmenes dignos de la mayor atención. Pero antes de decir nada respecto de él, es preciso definir cuál es la característica primordial de la literatura norteamericana. Desde el punto de vista de la imaginación, las letras del país del norte se distinguen por una escasa originalidad. Fuera de unos dos o tres creadores de nota—O. Henry, Dreiser, Sherwood Anderson—los demás escritores continúan merodeando en torno a los viejos tópicos. La producción literaria es intensiva, como todas las industrias norteamericanas, porque en la patria de Lincoln la literatura también ha llegado a ser, para la mayoría de los escritores, una industria pingüemente productiva. En el terreno especulativo, o sea en la literatura no puramente imaginativa, la pobreza norteamericana es más franciscana, si cabe. En ese país gigante el número de escritores de ensayos, de pensadores, es mínimo. Por lo demás, entre tales escritores son bien escasos los que tienen ideas

propias y, alejados de las rutas añejas, emprenden obras de valer singular,

Waldo Frank pertenece de lleno al grupo de los pocos escritores norteamericanos cuya obra no es pura y simplemente de imaginación y cuyo pensamiento vuela solo. Seguramente influye en esta segunda condición distintiva su raza; un judío, por mucho que los hijos de Israel se hayan asimilado a la vida norteamericana, no podrá sentir en la forma común a los norteamericanos. Por de pronto, podemos anotar una diferencia. La mayoría de los norteamericanos tienen formado un criterio netamente *maquinista* para todo lo que respecta a los problemas vitales y sociales. No es extraño que esto suceda en un país en que el maquinismo es la base de la existencia social y el porvenir mismo de tan inmenso conjunto humano. En un libro de Frank que ya cuenta con algunos años de publicación, «Our America», está contenido el evangelio de una nueva generación, escasa en número por cierto, reacia al maquinismo y alentada por ideales de renovación. Escrito en una prosa fluida, vibrante («una prosa—ha dicho Luis Araquistain—con exceso de alas, de música y de dardos»), no es raro que haya sido plato para pocos gustadores. En las páginas de esta obra se revela un hombre de contextura ori-

ginal y que en el medio norteamericano, sobre todo, debe parecer sacrilego. Baste decir que en 1917, cuando los Estados Unidos iniciaron su intervención en la guerra europea, Frank se negó a alistarse, llegando por este motivo hasta sufrir una pena de prisión.

Tres novelas ha escrito también Waldo Frank, y las tres componen un como archipiélago en la literatura común de los Estados Unidos. Es bien sabido que hay un tema vedado por la hipocresía puritana de los Estados Unidos a toda clase de artistas, sean ellos los del cine, los de la escultura, pintura o letras. Ese tema es el sexual. Para el norteamericano típico, el *norteamericano al ciento por ciento*, el problema sexual no existe y por lo tanto no debe ser llevado al arte ni a la plataforma multitudinaria de la prensa. Pues bien, las tres novelas de Frank estudian aspectos del problema sexual. Sus títulos son «The dark mother», en que se ocupa de un interesante caso de homosexualismo; «Raha», en que se describe con agudos trazos de verdad la vida de una celestina, y «City block», conjunto de cuentos de carácter poemático, llenos de contrastes violentos y de claroscuros pasionales. Es preciso conocer la literatura norteamericana, llena de sentimentalismo mediocre, de untuosa hipocresía, para comprender hasta qué punto ha podido

chocar con el gusto general este breve ramillete de obras. Todas ellas están basadas, en mayor o menor grado, sobre lo que el yanqui no puede ver, porque se lo prohíbe el puritanismo hipócrita.

Otro libro de ensayos ha publicado también Waldo Frank, y en él hallamos una vinculación estrecha con los problemas hispanoamericanos. Por los años 1922 y 1924 el autor viajó por España, conociendo de manera detenida muchas ciudades y muchos hombres de la península. En un volumen titulado «Virgin Spain» ha condensado Frank su visión de España y muchas observaciones sobre temas afines. Araquistain ha definido el libro de Frank con las siguientes palabras: «El libro de Waldo Frank, «España virgen», no es tal vez una filosofía de la historia de España, sino en cuanto lo que hay de filosófico en una obra de arte. Una creación artística, en el mejor de los casos, es una filosofía expresada en imágenes. Las imágenes abundan en el libro de Frank, desde el título hasta las últimas palabras del diálogo que lo cierra. Imagen también el lema o frontispicio que toma prestado de Ganimet y que es la explicación del título, donde compara el alma española con el dogma de la Concepción Inmaculada. Más que un tratado de filosofía, «España virgen» es

un poema histórico dramático.» Es también, un canto a la obra de los pueblos semíticos en España, durante siglos que cuentan entre los de la efectiva grandeza peninsular. El libro está dedicado «a aquellos hermanos americanos cuyas lenguas son el español y el portugués, cuyos hogares están entre Río Grande y Tierra del Fuego, pero cuya América, como la mía, se extiende desde el Ártico hasta el Cabo de Hornos». Es, en fin, una visión de la fraternidad futura de todos los pueblos del nuevo continente, sin distinción alguna, en ideales de paz, de progreso y de armonía basada en principios superiores. Dice Luis Araquistain en el artículo escrito sobre este libro de Frank, que muchas podrían ser las objeciones que se hicieran a «Virgin Spain», «pero por muchas que se hicieran, no dejaría de ser por eso un acontecimiento artístico en la literatura histórica y descriptiva de España».

Tal es, esbozada a grandes rasgos, la personalidad de Waldo Frank, escritor norteamericano que forma por sí solo un nuevo motivo director de las ideas en el agitado campo del pensamiento de su país. Enseña y acaso símbolo de una renovación radical, merece todos los respetos debidos a un talento claro y a una integridad moral de contornos bien precisos.—S.

Alrededor de Dostoyevski

Vladimir Pozner ha publicado en un número reciente de *Les Nouvelles Littéraires* un artículo digno de mención sobre Dostoyevski. Comienza el crítico ruso por anotar el entusiasmo que actualmente se revela en Francia por el autor de «El idiota». No sólo se publican con frecuencia sus obras, nuevamente traducidas con más cuidado y dedicación que antes, sino que también se comentan sus ideas y se experimenta su influencia en diversos órdenes. «Por el contrario, Tolstoy y Turguenef están completamente abandonados; Checof y Gogol son conocidos sólo por una «élite»: cuanto a Liescof y Rosanof, no son ni siquiera traducidos.» Pozner piensa que los franceses no pueden gustar sino de un escritor ruso a la vez. El primero habría sido Turguenef, el segundo Tolstoy, el tercero Dostoyevski. «Mañana—dice—será Gogol, o bien Checof, del cual Andrés Maurois ha dicho que es, tal vez, el más grande de todos».

A continuación el crítico se ocupa de la penetración de las novelas de Dostoyevski en Francia, «lenta y difícil», pues las primeras traducciones de sus obras «Crimen y castigo» y «Humillados y ofendidos» datan de 1884. Los primeros traductores franceses del escritor ruso, dice Pozner, domina-

ban muy bien su lengua pero no conocían tan bien la original. Más adelante las traducciones de Dostoyevski se multiplican. Los que las realizan son, en su mayoría, rusos que no tienen más pericia que sus predecesores y que hacen de Dostoyevski una cosa oscura y difícil de tragar. Se tiene también poco respeto por el autor: los títulos de sus obras son modificados sin motivos aparentes. «En fin, estas traducciones—dice el crítico—tienen otro defecto, más serio. Son en su mayor parte adaptaciones.» Poco a poco va mejorando el trabajo, y ahora, al decir de Pozner, los lectores franceses pueden gustar de Dostoyevski todo lo bien que es posible apreciar a un novelista a través de traducciones.

Luego Pozner se ocupa de los comentadores de la obra de Dostoyevski, entre los cuales tiene por cierto el primer lugar el conde de Vogüé: «su mérito es tan grande—declara—que debemos perdonarle todos sus errores». «Se puede afirmar—continúa—que el autor de «La novela rusa» no ha sabido penetrar en la verdadera esencia de Dostoyevski; no ha cogido en él sino las cualidades que lo emparentaban con la escuela naturalista rusa. El resto lo calificaba de «extraño» y lo dejaba pasar en silencio.» Los continuadores

de Vogüé han continuado más o menos en el mismo error. Pozner dice que de todos estos intentos críticos se puede desprender, en lenguaje vulgar, una conclusión evidente: Dostoyevski ha sido, para todos los autores de ellos, «un escritor loco, que produjo obras locas.» Sobre los libros de Dostoyevski se ha hecho un alma eslava, incomprensible, indeterminada, que ha servido a toda clase de escritores para llenar algunos de sus libros con personajes irresponsables que llevan apellidos vagamente eslavos...

El error reside para Pozner en que los occidentales se han servido, para forjar su visión del espíritu ruso, de seres como Raskolnikof, Stravroguin e Iván Kamarazov. «El verdadero ruso, para Dostoyevski, es Zóximo o Aliocha Karamazov, del cual, según mis informaciones, no ha hablado ninguno de los comentadores franceses de Dostoyevski. Así vemos que no sólo se ha creado injustamente un tipo ruso imaginario, sino que se ha inspirado para hacerlo en los personajes menos rusos de las novelas de Dostoyevski.» El novelista ruso ha hecho, según Pozner, seres que sobrepasan las fronteras de su país y que pertenecen a la humanidad. Si se juzga a Rusia por ellos, se cae en el mismo absurdo que juzgar a Dinamarca por el Hamlet de Sha-

kespeare: «Shakespeare, Racine y Dostoyevski—sigue diciendo—no se detienen en pintar particularidades de vestido o de pronunciación: van directamente al alma humana». Pozner continúa desarrollando su idea, y dice: «Cada uno de nosotros, en una hora cualquiera de su existencia, tiene la idea furtiva y casi inconsciente del crimen, de la violación, del suicidio. Dostoyevski ha llevado a la escena estas impulsiones oscuras. Para explicar mejor mi pensamiento, lo compararé con Proust. En éste todo está en posibilidades, en suposiciones; constantemente recurre a lo condicional. Dostoyevski, que ha cavado la misma mina de sensaciones humanas que el autor de «Sodoma y Gomorra», no puede quedarse sin el hecho. Ningún acto se guarda en el espíritu de sus personajes: todo es ejecutado o por lo menos pronunciado, y en él las palabras tienen generalmente más intención que los actos».

Más adelante el crítico se ocupa de otros aspectos de la consideración que los franceses hacen corrientemente de las obras de Dostoyevski. Menosprecian aquellos, anota, las novelas que tienen poca ideología, las de menor volumen y acaso menor melodramatismo. Sin embargo, en su opinión, «Nietochka Nezvanova», «Stepanchikovo», «El jugador» y

«El adolescente», tienen una importancia considerable. De esta última dice que es, acaso, «la más perfecta novela de Dostoyevski». Pertenece el novelista ruso, según su crítico, a una ralea de escritores que llama «agresivos»: su ideología gana con seguridad las conciencias. Ayer ha sido Alemania; hoy le toca el turno a Francia. Los críticos tratan de explicar a Dostoyevski pero no lo consiguen sino en parte: «Discutiendo las ideas de Dostoyevski unos ven en ellas sólo la «religión del sufrimiento»; otros, «un espíritu evangélico»; los terceros, «una profusión de amor». Todo eso está en Dostoyevski pero no es su esencia. Sólo Gide ha hablado, a propósito del escritor ruso, de algunas «puntas de sadismo».

Está en el buen camino. Dostoyevski no es sólo amor y humildad. Hay en él fuerzas insospechadas y terribles. Evidentemente no se puede hacer responsable a un escritor de las ideas de sus personajes, pero no se debe olvidar que él es su creador.»

Finaliza el estudio de Pozner con las siguientes líneas: «Nosotros los rusos estamos mejor colocados para juzgar la virtud disolvente de estos libros: conocemos la influencia que ellos han ejercido en Rusia. Leyendo las obras de la escuela dostoyevskiana, de Rozanof y de Sologub, de Biely y de Remizof, nos damos cuenta de toda la corrupción que hay encerrada en esta metafísica de la muerte y del sexo.»—S.

